

El discurso criollista
en la formación de
la Argentina moderna

COLECCIÓN HISTORIA Y CULTURA
DIRIGIDA POR LUIS ALBERTO ROMERO

ADOLFO PRIETO

El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Adolfo Prieto - El discurso criollista

Diseño de tapa: Mario Blanco
Ilustración de tapa: Detalle de: Peones troperos, de Carlos Morel. (Propiedad del Museo Nacional de Bellas Artes)

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723. (c) 1988, Editorial Sudamericana S.A., Humberto I 531, Buenos Aires.

ISBN 950-07-0479-X

*Para Negra, Agustina y Martín,
por la vuelta.*

Tabla de Contenidos *

Reconocimientos	7
Introducción	8
<i>I. Configuración de los campos de lectura 1880-1910</i>	17
I	19
II	24
III	31
IV	38
V	40
VI	46
NOTAS	57

* Esta es primera parte de la obra original, que consta de dos capítulos más.

Reconocimientos

La primera etapa del presente trabajo fue iniciada en el año 1979, gracias a un subsidio otorgado por CLACSO en Buenos Aires. Pero esa primera etapa, además de facilitarme la necesaria aproximación al tema y a la problemática del criollismo, me convenció también de la imposibilidad de avanzar en el conocimiento del fenómeno sin el concurso de un cuerpo documental suficientemente representativo del mismo. Sólo en 1983, y esta vez como parte de mis actividades en la Universidad de Florida, Gainesville, tuve la oportunidad de entrar en contacto con la "Biblioteca Criolla", de Lehmann-Nitsche, en el Instituto Ibero-Americano de la ciudad de Berlín, aparentemente la más importante colección de folletos e impresos criollistas en existencia. Alejandro Losada me presentó entonces al director del Instituto, y el mismo puso a mi disposición, durante 30 días, el casi millar de ejemplares que integran la colección. Antes y después de esta circunstancia, aspectos parciales del trabajo fueron presentados, y provechosamente discutidos, en reuniones auspiciadas por Tulio Halperin Donghi, Saúl Sosnowski, Alejandro Losada, Paul Verdevoye, Beatriz Sarlo y María Teresa Gramuglio.

Introducción

Todo proyecto de levantar un mapa de lectura de la Argentina entre los años 1880 y 1910 supone necesariamente la incorporación y el reconocimiento de un nuevo tipo de lector. Surgido masivamente de las campañas de alfabetización con que el poder político buscó asegurar su estrategia de modernización, el nuevo lector tendió a delimitar un espacio de cultura específica en el que el modelo tradicional de la cultura letrada, continuó jugando un papel predominante, aunque ya no exclusivo ni excluyente.

La coexistencia en el mismo escenario físico y en un mismo segmento cronológico de dos espacios de cultura en posesión del mismo instrumento de simbolización —el lenguaje escrito—, debió establecer zonas de fricción y de contacto, puntos de rechazo y vías de impregnación cuya naturaleza sería importante conocer para evaluar el comportamiento global del fenómeno de producción y de lectura de la época. El relevamiento de un mapa de lectura de ese momento inaugural vendría así no sólo a corregir una pesada negligencia de la crítica, sino que contribuiría también a confirmar el principio de que una literatura debe indagarse siempre en su sistema vivo de relaciones, y en la generalidad de los textos producidos y leídos en el ámbito recortado por la indagación.

Por cierto, conocemos las circunstancias y están a nuestro alcance muchos de los datos que permitirían reconstruir, aproximadamente, la composición y los desplazamientos del nuevo público lector a partir de la década del 80. La primera circunstancia, ya anticipada, recuerda que el nuevo lector fue un producto de la estrategia de modernización emprendida por el poder público, y que su conformación es parte de la conformación de la Argentina moderna, de los efectos deseados y de los efectos no deseados de su programa fundador.

Nativo, extranjero, hijo de extranjeros, todos los habitantes del país pudieron usufructuar de las ventajas y padecer, al mismo tiempo, las tremendas limitaciones de un proyecto educativo más generoso en sus enunciados que en los recursos con que podía llevarlos a cabo. Sabemos que, en sucesivas campañas de promoción escolar, la Argentina redujo, en menos de 30 años, a un 4% el porcentaje de analfabetismo; pero sabemos también, por constancias de los censos respectivos y por los alarmados testimonios de algunos responsables del programa, que esa cifra no representó nunca, ni remotamente, el número de los que habían accedido a una efectiva alfabetización.

Alfabeto o semianalfabeto, disperso en un indefinible espectro de relaciones con el instrumento recién adquirido, el nuevo lector, en todo caso, se incorporó con considerable entusiasmo al gusto y al ejercicio de su flamante capacitación. Sorprende

el valor normativo que la lectura adquirió en esos años y entre los sectores que acababan de incorporarla a sus hábitos. Sorprende el modo casi mítico con que la capacidad de leer, pieza maestra del proyecto del liberalismo, fue aceptada tanto por los que buscaban asimilarse a ese proyecto como por los que abiertamente querían subvertirlo desde una perspectiva ideológica contraria.

La prensa periódica, previsiblemente, sirvió de práctica inicial a los nuevos contingentes de lectores, y la prensa periódica, previsiblemente también, creció con el ritmo con que éstos crecían. El número de títulos, la variedad de los mismos, las cantidades de ejemplares impresos acreditan para la prensa argentina de esos años la movilidad de una onda expansiva casi sin paralelo en el mundo contemporáneo, y por sus huellas materiales es posible, siquiera con una gruesa aproximación, inferir el techo de lectura real de la comunidad a la que servía.

Pero el fenómeno del crecimiento explosivo de la prensa periódica no se agota, por supuesto, en determinadas comprobaciones estadísticas, ni el techo de lectura que sugiere incluye sólo a los contingentes promovidos por las campañas de instrucción pública. Aquí, y en todas las sociedades donde se produjo, ese fenómeno incorporó como variante propia el registro de todos los consumidores regulares de la alta cultura letrada, anteriores o coetáneos, pero no familiares con las prácticas masivas de alfabetización. La prensa periódica vino a proveer así un novedoso espacio de lectura potencialmente compartible; el enmarcamiento y, de alguna manera, la tendencia la nivelación de los códigos expresivos con que concurrían los distintos segmentos de la articulación social.

En Europa este espacio común de lectura se consolidó a mediados del siglo XIX, luego de un proceso varias veces secular en el que los circuitos de la lectura popular y la culta habían seguido líneas de dirección si no paralelas al menos visualizadas como profundamente distantes. En el caso argentino, esa consolidación se establece de hecho, sin que el circuito de la literatura popular pudiera invocar el dominio de una fuerte y distintiva tradición propia.

Admitida la novedad del espectro de lectura provisto por la prensa periódica, debe señalarse a continuación inmediata que la cultura letrada, la cultura del grupo social y profesional, que se percibía y era percibida como instancia final de todos los procesos de comunicación, continuó reconociendo en el libro la unidad vertebradora de su universo específico. La huella física del libro facilita así la recomposición de este universo, y por el cotejo de aquellas unidades de control se arriba a la casi desconcertante conclusión de que el espacio de la cultura letrada apenas si modificó sus dimensiones en esos treinta años cruciales. Desde las punzantes citas de Navarro Viola en el *Anuario Bibliográfico* a las quejas memorias de Manuel Gálvez; desde las referencias más o menos casuales de Cané, Groussac y Darío hasta los más ponderados informes de Alberto Martínez y Roberto F. Giusti, un único tema obsesiona a los observadores y testigos del circuito de la cultura letrada: la escasez de títulos provistos por los miembros de ese circuito y la limitación de su consumo.

Esta primera y fácilmente verificable reducción en el espacio de lectura provisto por la expansión de la prensa periódica no encuentra, desde luego, un expediente de reducción tan seguro en el otro espacio de cultura. Puede presumirse que una proporción considerable del nuevo público agotó la práctica de la lectura en el material preferentemente informativo ofrecido por la prensa periódica. Pero puede conjeturarse al mismo tiempo, con bastantes indicios a la mano, que otro sector numerosísimo del mismo público se convirtió en el receptor de un sistema literario que en sus aspectos externos no parece sino un remedo, una versión de segundo grado del sistema literario legitimado por la cultura letrada. El libro es aquí un objeto impreso de pésima factura; la

novela es folletín; el poema lírico, cancionero de circunstancias; el drama, representación circense.

Decenas de títulos con estas características y una impresionante suma de ejemplares, cuya dimensión exacta resulta imposible determinar por las condiciones anárquicas del aparato editorial improvisado a su propósito, buscaron su propio circuito material de difusión. Lo hicieron fuera de las librerías; viajaron de la mano del vendedor de diarios y revistas; se asentaron en quioscos, tabaquerías, salas de lustrar, barberías y lugares de esparcimiento.

Desde luego, una descripción de los dos espacios de lectura, por escrupulosa que fuere en sus procedimientos de compulsión, carecería de sentido si no buscara complementarse con el análisis de la inserción concreta del lector de uno y otro espacio en la sociedad a la que pertenecieron. La sociedad argentina, tal como fue conformándose en las décadas que empalman el siglo diecinueve con el veinte, es otra vez el punto obligado de referencia, y lo es el proyecto de modernización mencionado anteriormente, sus logros y sus distorsiones, el modo compulsivo con que quebró el marco de la sociedad tradicional y las líneas dinámicas con que fue ordenando su nueva composición.

La pieza jurídica que presidió la convocatoria y el ingreso de extranjeros en el país, la Ley de Inmigración promulgada por Avellaneda, fue la culminación vacilante de un debate en el que buscaron expresarse tanto las grandes líneas teóricas que venían directamente de la Carta Constitucional de 1853, como los intereses sectoriales que reclamaban serias adaptaciones programáticas. Sarmiento y Nicasio Oroño, voceros de la primera tendencia, favorecían así un tipo de inmigración "artificial", esto es estimulada y dirigida expresamente a ocupar el desierto interior. Mitre y Guillermo Rawson, por su parte, propugnaban la inmigración "espontánea" que debía radicarse en Buenos Aires, por la gravitación propia de esta provincia y en su particular beneficio.

Los hechos, sin embargo, decidieron por sobre la preeminencia alternada de una u otra variante. Es sabido que la dinámica del proceso vivido por los países industriales de Europa, hacia la década del 70, alentaba y orientaba la formación de áreas dedicadas exclusivamente a la provisión de materias primas. En función del nuevo diagrama del mercado internacional del trabajo, las vastas llanuras del corazón geográfico de la Argentina adquirieron un valor potencial que no tardaría en decidir el orden y la naturaleza de su posesión.

Apenas tres años después de establecida la Ley de Inmigración, el general Roca, ministro de Guerra de Avellaneda, expulsó militarmente a las tribus indígenas que durante siglos habían impedido el usufructo de las mejores tierras del país y su efectivo dominio. El enorme espacio incorporado con recursos oficiales a la actividad económica productiva pasó, sin embargo, rápidamente a manos de un reducido número de propietarios. La consolidación del latifundio segó así el territorio que parecía obviamente destinado a la radicación de inmigrantes y decidió, en importante medida, el destino de toda la política de población emprendida por el gobierno.

Sin acceso directo a la tierra, salvo en las experiencias desarrolladas a cierta escala en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos, las sucesivas oleadas de extranjeros que respondían a la invitación y a la propaganda de los agentes argentinos en Europa terminaron afincándose, en abrumadora proporción, en Buenos Aires, la ciudad que los recibía en su puerto, o en algunas ciudades y pueblos del Litoral.

La concentración de inmigrantes sobre una estrecha franja territorial no fue la única imposición de los hechos sobre el proceso, también lo fue la condición y el origen de la población ingresada. Implícita y explícitamente, el modelo seguido por todos los que de una u otra manera contribuyeron a poner en marcha el programa de inmigración fue el

de los Estados Unidos de Norteamérica. Y si en este modelo el inmigrante de origen sajón se proponía como uno de los ejes fundamentales de sus grandes logros, se esperaba entonces que una corriente humana de la misma procedencia produjese los mismos resultados en la Argentina.

Pero sólo los empobrecidos países de la cuenca mediterránea de la Europa finisecular parecieron disponer de excedentes de población inclinada a tentar fortuna en una remota región de la América austral. Italianos, en primer término, y españoles cubrieron el 80% del total de la inmigración llegada al puerto de Buenos Aires. El resto configuraba un verdadero mosaico de nacionalidades.

Tampoco el activo desplazamiento de la población nativa pudo ser un hecho previsto en las grandes líneas del programa de inmigración, aunque fue un hecho derivado de la idea de modernización a que dicho programa respondía. Los nuevos modos de apropiación y de explotación de la tierra, los medios de comunicación instrumentados, los polos de irradiación económica fomentados por la importación de capitales pusieron pies a una población caracterizada hasta entonces por su franco inmovilismo. Estos desplazamientos contribuyeron decididamente a desarticular la antigua red de asentamientos rurales en beneficio de las concentraciones urbanas ya existentes o creadas como respuesta a la nueva situación, y ayudaron sin duda, por las mismas características del proceso itinerante, a diseminar las formas de la vida campesina en los ámbitos urbanos, a generalizar o a dar consistencia a ese horizonte impregnado de resonancias rurales que pareció prevalecer, hasta comienzos del presente siglo, sobre muchos de los signos de la incipiente modernización.

Para las corrientes migratorias que quedaron fijadas en el interior del país, ni las modificaciones relativas del paisaje ni la de los hábitos debieron implicar la necesidad de correcciones o ajustes al nuevo contorno. Pero para el sector de la población nativa que eligió dirigirse a los mismos lugares en los que se establecía de hecho la población extranjera, la experiencia significó reconocer una nueva frontera, un espacio cultural propio en el que los signos de identidad debieron entrar en conflicto o aceptar, al menos, la competencia de otros signos.

Lento al comienzo, el pasaje de la población nativa desde el interior hacia Buenos Aires alcanzaba ya, a mediados de la década del 80, suficiente volumen como para llamar la atención de algunos observadores. En el informe que el higienista Guillermo Rawson, por ejemplo, preparó en 1884 sobre las casas de inquilinato de Buenos Aires, sus precarias condiciones de salubridad y alarmante proliferación, dice de la procedencia de los forzosos inquilinos: "La ciudad de Buenos Aires aumenta su población rápidamente no sólo por el efecto de la población extranjera que en mucha parte se detiene aquí, sino por la traslación de numerosas familias y personas que de la campiña de la provincia de Buenos Aires y de todas las demás provincias ocurren a este centro buscando conveniencias de trabajo y de bienestar". Rawson calculaba que para 1892, sobre una población probable de 600.000 habitantes, Buenos Aires albergaría a 120.000 de ellos en unas 2.192 casas de inquilinato, o "conventillos", para emplear el término popular con que se los reconocía.

Los hechos confirmaron, prácticamente, las tendencias señaladas en la escala proyectiva de Rawson. Pero el desplazamiento de la población nativa hacia Buenos Aires fue probablemente mayor del que puede inferirse de la clase y del número de viviendas en las que preferentemente recaló durante esos años, y siguió etapas que no se corresponden necesariamente con la establecida por esa variante. En efecto, la extensión de las líneas ferroviarias a partir de los años 70, siguiendo el trazado de una red circular que expandía en ondas simétricas la periferia de la ciudad de Buenos Aires, fundó núcleos urbanos o dio segunda vida a otros, afincando pobladores de la campaña o

reteniéndolos pasajeramente en su arribo final al conglomerado urbano que empezaba a afirmar el perfil del llamado Gran Buenos Aires.

Según el registro del segundo Censo Nacional en 1895, la población del país alcanzaba prácticamente los 4.000.000 de habitantes, de los cuales el 34% eran extranjeros. Para el tercer Censo, levantado en 1914, la población casi se había duplicado, con 7.885.000 habitantes, con un porcentaje elevado ahora al 43% de extranjeros. En algunos centros urbanos del Litoral, y particularmente en Buenos Aires, el número de inmigrantes, durante largos años, igualó al de la población nativa, creando así un aire de extranjería, de cosmopolitismo tan arrollador como confuso en sus manifestaciones y tendencias.

Paradójicamente, sin embargo, en ese aire de extranjería y cosmopolitismo, el tono predominante fue el de la expresión criolla o acriollada; el plasma que pareció destinado a unir a los diversos fragmentos del mosaico racial y cultural se constituyó sobre una singular imagen del campesino y de su lengua; la pantalla proyectiva en que uno y otro de los componentes buscaba simbolizar su inserción social fue intensamente coloreada con todos los signos y la parafernalia atribuibles al estilo de vida criollo, a despecho de la circunstancia de que ese estilo perdía por entonces sus bases de sustentación específicas: el gaucho, la ganadería más o menos mostrenca, el misterio de las insondables llanuras.

Para los grupos dirigentes de la población nativa, ese criollismo pudo significar el modo de afirmación de su propia legitimidad y el modo de rechazo de la presencia inquietante del extranjero. Para los sectores populares de esa misma población nativa, desplazados de sus lugares de origen e instalados en las ciudades, ese criollismo pudo ser una expresión de nostalgia o una forma sustitutiva de rebelión contra la extrañeza y las imposiciones del escenario urbano. Y para muchos extranjeros pudo significar la forma inmediata y visible de asimilación, la credencial de ciudadanía de que podían muñirse para integrarse con derechos plenos en el creciente torrente de la vida social. Como de todos los usos sociales la literatura fue el privilegiado para acuñar y difundir el caudal expresivo del criollismo, no puede sorprender que encontremos en ella las marcas de su función y competencia en el proceso. Y si a través de estas marcas internas se intenta una segunda descripción de los dos espacios de cultura, esta segunda descripción descubrirá las líneas de conflicto, los préstamos y contaminaciones, los mensajes cruzados, los elementos paraliterarios de presión pero también de regulación y control social que no fueron visibles para la primera.

Es en el espacio de la naciente cultura popular donde los signos del criollismo se ofrecen con una abundancia que llega casi a la saturación, y donde también se advierte un empuje, una temperatura emocional, un poder de plasmación que alcanza inclusive a fijar una galería de tipos que sale del universo de papel para incorporarse a la fluencia de la vida cotidiana o a calificar, con sus términos propios, diversos gestos y actitudes de la conducta colectiva. Ni antes ni después, la literatura argentina, en cualquiera de sus niveles, logró semejante poder de plasmación.

En el arranque mismo de la década del 80, los folletines gauchescos de Eduardo Gutiérrez establecieron el repertorio temático y las proyecciones del criollismo percibido como criollismo popular. Imitados, plagiados, trasladados al verso o al diálogo escénico vinieron pronto a engrosar, con el agregado de otros textos de parecida factura, verdaderas "Bibliotecas Criollas", con decenas de títulos. El más notorio de los personajes de Gutiérrez, Juan Moreira (modelador de una conducta cívica que era exaltada o execrada en su nombre, proveedor de una imagen estereotípica que vino a hacerse imprescindible en los desfiles de carnaval y en la pluma de los dibujantes y caricaturistas de la época) fue la cifra, el paradigma de lo que la vertiente del criollismo

popular significó como fenómeno de difusión literaria y como fenómeno de plasmación de un sujeto surgido de fuentes literarias.

En comparación con esta determinación tumultuosa el espacio de la cultura letrada aparece como replegado en sí mismo, distante, preocupado en cultivar las sucesivas variantes del naturalismo de Zola, del modernismo de Darío o en pulsar las cuerdas de un tímido folklore que gustaba llamarse "nativismo". Es la apariencia que corresponde al efecto de comparación y a la imagen forjada por los escritores del sector. Pero todos los indicios recogidos en esta segunda descripción tienden a mostrar que en el interior del espacio de la cultura letrada la aparición y el desarrollo de la literatura popular tuvo efectos y exigió respuestas de la más variada intensidad y calibre, señalando orientaciones y produciendo finalmente textos que no Pueden leerse correctamente si se los desvincula de su relación de reciprocidad con los textos producidos en el espacio de la cultura popular.

Desde mediados de la década del 80, punto en el que la difusión de los folletines de Gutiérrez volvió inocultable la existencia de esa literatura, hasta los años finales del siglo, la reacción de los miembros de la élite cultural pareció oscilar entre la fascinación y la cólera Pero ya desde comienzos del nuevo siglo, las muestras de fascinación tienden a desaparecer y los arranques de simple irritación ceden paso a la cristalización de un frente de intereses, que con el transcurso de los años es fácil reconocer como el de la formulación de un verdadero programa de política cultural destinado a contener el avance de la literatura popular de signo criollista.

La formulación de ese programa coincide, si es que no es su resultado, con la profunda alteración de las pautas de convivencia social sufridas en este período. Las concentraciones urbanas y la incipiente industrialización reproducían por entonces en la Argentina el mismo clima de violencia que soliviantaba a Europa. Las manifestaciones callejeras, las huelgas, los enfrentamientos actuaban como dramatizaciones del mismo sujeto a lo largo de un vasto escenario internacional. Sólo que en el caso argentino muchos creyeron advertir en ese ejercicio de violencia y desorden, más allá de la revolución o de los ajustes estructurales en cuyos nombres se practicaba, el peligro de desintegración de una sociedad que estaba lejos, todavía, de afianzar sus propios mecanismos de cohesión.

La literatura, desde luego, era el sujeto menos aparente del juego de racionalizaciones desde el que se invocaba la debilidad del cuerpo social, pero el recurso de apelación a la misma indica el poder modelador, la capacidad de persuasión que le reconocieron los sostenedores de una política cultural destinada, junto con otras instrumentaciones políticas, a disciplinar ese mismo cuerpo social. El criollismo popular, particularmente en su variante moreirista, debía necesariamente concitar la condena de ese programa disciplinario, y la concitó con creces, si se considera el número y la calidad de los que participaron en el mismo, la variedad y la intensidad del esfuerzo intelectual puesto en su beneficio.

Es muy difícil, desde luego, medir el efecto que ese frente de reacción —claramente delimitado por Quesada en 1902 en su ensayo *El "criollismo" en la literatura argentina*— pudo tener sobre la evolución y el destino final de la literatura surgida junto con los primeros contingentes de lectores formados por la escuela pública. Es imposible, de hecho, si se pretende considerar el fenómeno como una línea de tensión aislada. Los textos, cualquiera sea la complejidad de los códigos que los atraviesan, hacen su propio camino en un tiempo que no tiene que repetir, necesariamente, el tiempo de los otros fenómenos sociales. Pero en el proceso de fundación de la Argentina moderna, Por la simultaneidad y la intensidad con que fueron jugadas todas las articulaciones sociales, los puntos de sincronización se ofrecen probablemente con una frecuencia mayor de la

que cabe esperar de la extensión temporal de la experiencia.

Para 1910, año de la celebración del centenario de la Independencia, todos creyeron que las promesas del 80 ya se habían cumplido o estaban muy próximas a cumplirse. Aunque la población se componía con un fuerte número de extranjeros, dos generaciones de argentinos, hijos de extranjeros, cerraban ahora la brecha étnica. La acción de la escuela pública, enfáticamente nacionalista desde 1908, y el servicio militar obligatorio, establecido a partir de 1901, terminaron por dar credibilidad al mito del "crisol de razas", echando las bases de un sentimiento de identidad lo suficientemente sólido como para evitar interpretaciones y simbolizaciones encontradas. La asimilación progresiva de vastos sectores de la población nativa a la vida de las ciudades fue también progresivamente limando los lazos de proximidad con el antiguo estilo de vida campesina y con el de sus propias fuentes de recreación, al tiempo que se lanzaba francamente a la búsqueda de las formas expresivas adecuadas a la naturaleza de la experiencia urbana. Las huelgas, los atentados, las manifestaciones callejeras que a lo largo de la primera década del siglo confundían los signos de las luchas laborales con el de los enfrentamientos de clase, aunque alcanzaron sus picos máximos de expresión en la segunda década, dispusieron también de los canales políticos de representación que contribuyeron a controlar su virulencia.

Cualquiera fuere la incidencia de los factores que intervinieron en la conformación de la Argentina moderna (incluido, entre ellos, el de la literatura culta que contribuyó a la verbalización de su imagen oficial) no caben dudas de que su advenimiento cercenó las fuentes de justificación de la literatura popular criollista. Sin la producción específica de nuevos textos, el fenómeno de lectura que acompañó a la irrupción de esa serie literaria lograría, sin embargo, sobrevivir durante algunos años, en lentos repliegues y desplazamientos que, acaso sólo por comodidad, atribuimos a las leyes mecánicas de la inercia. Los datos que provienen de la segunda década del siglo confirman este largo ocaso, así como los huecos de información que crecen con el avance de los años 20 señalan la definitiva extinción del fenómeno.

En la mayoría de los manuales de historia literaria escritos desde entonces, en los depósitos de las bibliotecas públicas, en las listas de textos escolares, en la celebración de los fastos, en todo lo que sume memoria y recuperación oficial del pasado, el espacio ocupado por el *corpus* de la primera literatura popular es prácticamente un espacio en blanco.

A mediados de los años 20, mientras desaparecían en silencio los vestigios del criollismo populista, llegaban a su ruidoso pináculo las experiencias de renovación vanguardista nacidas en el clima prometedor de la primera posguerra. Muchos de los jóvenes vanguardistas, nacidos en el filo del nuevo siglo en pleno auge de la imaginaria criollista, contaban, de hecho, con una infancia impregnada por la lectura más o menos clandestina de los títulos mayores de la serie. No sorprende, en consecuencia, que en los momentos de razonar las bases de una literatura que fuera todo lo moderna que la ola de la vanguardia internacionalista suponía y todo lo nacional que la pertenencia a un territorio y a una historia específica parecían reclamar algunos de ellos, se decidieran a empalmar ambos niveles de expectativas.

La crítica de esos jubilosos años de aprendizaje, el modo como fueron recorridos los escenarios e invocadas las grandes figuras míticas del criollismo (los Moreira, los Santos Vega, los Hormiga Negra) han sido narrados con brillante tono paródico por Leopoldo Marechal en *Adán Buenosayres*, en 1948. Parodia: vale decir, superación, distanciamiento. Pero otro de los entonces jóvenes escritores que participó en aquella entusiasta etapa de discusiones y proyectos permaneció excepcionalmente fiel, si no a la materia de aquellas discusiones, sí a la materia infiltrada en los repliegues determinantes

de la memoria. Varios de los poemas tardíos de Borges y tres de los relatos incluidos en *El informe de Brodie*, en 1970, vienen a ilustrar los términos de esa fidelidad. Están allí el espacio, la sustancia legendaria, los tópicos creados y puestos en circulación por el criollismo populista. Expelidos de su contexto histórico, desde luego, y ajustados a una nueva función:

¿Qué fue de tanto animoso?
¿Qué fue de tanto bizarro?
A todos los tapó el tiempo,
a todos los tapó el barro.
Juan Muraña se olvidó
del cadenero y del carro
y ya no sé si Moreira
murió en Lobos o en Navarro.

I

Configuración de los campos de lectura 1880-1910

Gregorio —Es muy buena pierna ese muchacho.
Y sabe mucho: como que ha ido a la escuela y
sabe leer, escribir, sacar cuentas y lee siempre
los periódicos.
Ezequiel Soria, *Justicia criolla*, 1897,

Doctor —¿Y qué es lo que lee con tanto afán?
Goyo —¡Qué sé yo! Esas cosas de Gutiérrez,
Pastor Luna, Juan Cuello, Los hermanos
Barrientos... todo el día grita como si hablara
con ellos...
Carlos M. Pacheco, *Don Quijano de la Pampa*, 1907.

I

Para los hombres que inspiraron o dieron vías de ejecución al programa constitucional de 1853, el desarrollo de la instrucción pública fue estimado como una de las palancas básicas para la modernización del país. Junto con la necesidad de poblar su inmenso territorio, la urgencia de instruir a sus ciudadanos, es decir de habilitarlos para las múltiples funciones de la sociedad moderna, fue interpretada con particular sensibilidad.

Mucho antes de que pudiera ponerse en práctica la política de inmigración ya se habían volcado grandes recursos y avanzado notoriamente en las campañas de difusión escolar emprendidas por el gobierno. Para Sarmiento, el más visible propulsor de esa campaña, el impulso inicial fue el más vigoroso, y no sin desasosiego podía comprobar, hacia fines de la década del 70, que una nueva concepción de la política educacional derivaba aquel impulso hacia la fundación de Colegios Nacionales, vale decir hacia el reclutamiento de futuros profesionales universitarios y miembros de la élite dirigente.

Como quiera que fuere, el progreso de la instrucción pública en el nivel primario fue francamente excepcional a partir de 1857, el año en el que según el propio Sarmiento un vasto movimiento de apoyo popular hizo subir de 8.000 a 11.000 el número de alumnos asistentes a las escuelas. Para el primer Censo Nacional, en el año 1869, el 20% de la población en edad escolar asistía a los establecimientos de enseñanza distribuidos en todo el país, en proporciones altamente polarizadas: casi 50 % de asistencia en la ciudad de Buenos Aires, 18% en la Provincia, 23% en Santa Fe, 33% en San Juan, pero 12% en Tucumán y Mendoza y 11% en Santiago del Estero.

El 20% del Censo de 1869 representaba alrededor de 82.000 alumnos sobre un poco más de 400.000 niños en edad de recibir instrucción. En el Censo Escolar de 1883 subió a 145.000 el número de inscriptos y en 1895, año del segundo Censo Nacional, a 247.000, expresando en uno y en otro caso el 28% y el 31% de la población escolar estimada.¹ Leídas aisladamente, estas cifras sorprenden aún ahora y acreditan para los gestores de aquella empresa educativa la magnitud de sus esfuerzos. Otros datos, sin embargo, vienen a corregir el significado de las tablas estadísticas y a explicarnos la grave Preocupación con que estos mismos gestores debieron medir los resultados de las campañas de alfabetización.

En efecto, el promedio de la deserción escolar, índice de la discrepancia entre los planes ministeriales y la realidad social a la que pertenecía la mayoría de los niños convocados a recibir instrucción fue, ciertamente, enorme: entre el 90 y el 97% en las dos décadas finales del siglo. Con un serio agravante: muchísimas de estas deserciones se verificaron en el tránsito del primero al segundo año de instrucción.²

Un episodio ocurrido en el Consejo Escolar de San Isidro (Buenos Aires), en 1883, ilustra agudamente sobre el fenómeno de la deserción y sobre las —en este caso— curiosas medidas con que intentaron mitigarlo las autoridades responsables. Sarmiento había anunciado en un periódico que en el distrito de San Isidro "todos los niños en edad escolar asistían a las escuelas". Un inspector de la repartición se decidió a comprobar la veracidad de esta noticia, y su consecuente ratificación debió parecer un

hecho tan insólito y tan digno de ser destacado que aconsejó y obtuvo del Gobierno de la provincia de Buenos Aires un premio de cinco mil pesos para el distrito escolar "por no tener en su vecindario un solo niño que no concurriera a la escuela, y de haber suprimido en su pequeña comunidad el malhadado analfabetismo".³ Con el importe del premio se compró un terreno en la barranca y con la venta de éste se edificó una escuela.

El volumen de la deserción escolar y el nivel tempranísimo de su incidencia arrojan serias dudas sobre la eficacia general de la instrucción pública y adelantan, con fundadas razones, la certidumbre de que muchos de los niños que abultaron en su momento los registros censales regresaron rápidamente al analfabetismo. Por supuesto, no hay manera de estimar el número ni siquiera aproximado de los que accedieron a una alfabetización efectiva en el curso de aquellas campañas, ni de medir la calidad instrumental de la enseñanza adquirida. Por ley sancionada por el Poder Ejecutivo en 1871 se ordenaba que los recursos federales fueran puestos a disposición de las provincias para cubrir las necesidades de instalación y funcionamiento de escuelas. Pero por muchos años después de sancionada esa ley fue común advertir la penuria material en que buscaba cumplir sus objetivos la mayoría de esas escuelas: edificios precarios o ruinosos, falta de libros e instrumental didáctico, retrasos regulares en el pago de sueldos al personal docente. Para no mencionar, en el caso de las escuelas rurales, el agregado patético de las distancias y el aislamiento.

El lento ritmo de crecimiento de las Escuelas Normales, creadas para la formación de maestros, hizo imposible, por largo tiempo, reclutar el contingente de instructores idóneos que estas escuelas necesitaban con urgencia. Todavía en 1882, Paul Groussac podía describir al tipo de maestro anterior a la fundación de las Escuelas

Normales, y seguramente reconocible por algunos de sus rasgos en más de un maestro contemporáneo al enunciado de la descripción: «...el capataz de estancia que deletrea a la par de los alumnos, el dependiente de pulpería, el procurador sin pleitos, el extranjero sin profesión que pasa por la enseñanza como por un puente"⁴. En el mismo año, José Hernández dirá, en el informe que le fuera encomendado sobre la situación de la enseñanza pública en la provincia de San Luis, que de los ciento veinticuatro maestros que atienden a las ochenta y dos escuelas primarias, solamente dos poseen título habilitante.⁵ Y en 1885, en la publicación del informe que le encomendara el presidente Avellaneda siete años antes sobre la educación primaria en las provincias de Córdoba, Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos, Francisco Latzina trazará un duro perfil de la idoneidad profesional de los instructores y un sombrío balance del conjunto de la experiencia que tuvo a su cargo examinar.⁶

Limitaciones materiales de toda índole y dudosa o escasa preparación de los maestros, sin duda Pero también confusión en los responsables de la política educacional, novatadas, parcialidades ideológicas y hasta intereses comerciales vinculados a la promoción oficial de textos y de útiles escolares. En una polémica "Contestación a la Memoria sobre la Educación Común de Buenos Aires por el ex sultán de las escuelas, D. José M. Estrada", publicada en 1870, el maestro Nicomedes Antelo denuncia la sospechosa coincidencia de que los textos recomendados por Estrada como director del Departamento de Enseñanza para uso de las escuelas fueran los mismos que proveía la imprenta de su hermano, Ángel Estrada. Allí se habían editado ya, con pronta diligencia, veinte mil ejemplares de *Conciencias de Niños*, diez mil *Gramáticas* de Bello y un número de ejemplares, no identificado por el autor del artículo, de la *Historia Argentina* de Juana Manso, del *Sistema Métrico* y de *Niños Célebres*, libros que integraban la lista de sugerencias presentada por Estrada al hacerse

cargo de su puesto.

La denuncia del maestro Antelo se abre, básicamente, para legitimar un juicio de condena a la conducta de Estrada, pero también, y acaso en el mismo orden de importancia, para legitimar un juicio de condena a la capacidad profesional del director del Departamento:

Le preguntaría (al señor Estrada) ¿para qué sirve esa Historia Argentina en que ha gastado el dinero público, libro inútil si es para testo (sic) de historia, y completamente inadecuado si es para lectura?

¿Ignora el señor Estrada que los libros que se destinan para los niños deben huir el lenguaje abstracto y difuso, y que nuestros libros vulgares de historia (y ni exceptúo a ninguno) pecan tanto por la materia como por la forma contra los buenos principios?

—Lo extraño en este orden es que el señor Estrada, como veremos después, ha incluido entre los puntos de su plan de reforma el artículo "testos".

Dígame, señor Estrada, ¿qué condiciones debe tener un buen testo para los niños? Indudablemente debe tratar de materias concretas, en un estilo fácil, y evitando los períodos muy elaborados. Debe ser, por ejemplo, como los textos redactados por el profesor Hooker, de cuya traducción me ocupo. Allí no encontrará Ud. un período que pase de dos o cuando más tres renglones. Pocas oraciones incidentes, muchas oraciones principales —nada de complejidad ni de tener suspensa la atención del niño con un sujeto cuyo verbo se va a encontrar seis renglones más abajo.

Pues bien: si el orgullo de Ud, le hubiera permitido consultar a las personas que hace años estudian este difícil arte de educar; si Ud. hubiera llamado a su consejo privado no a sus amigos o aspirantes, sino a hombres que desean el bien público, habría estado en actitud de comprender que la *Historia Argentina* de Da. Juana Manso era un libro completamente inútil para las escuelas.⁷

Es sintomático de las incertidumbres en que se extraviaba la experiencia pedagógica de la época, la mención de un texto de autor extranjero y la propuesta del mismo como modelo alternativo a los malos modelos escritos por autores nacionales. Con este criterio, las bibliotecas populares que se crearon al mismo tiempo que las primeras escuelas encargadas del programa de alfabetización fueron dotadas de un fuerte repertorio de obras traducidas. Estas obras podían, eventualmente, reproducir un ambiente de cultura familiar al niño que asistía a las escuelas urbanas, y contribuir, en consecuencia, al proceso de aprendizaje; pero en nada podían incentivar el interés de los niños y de los adultos que frecuentaban las escuelas de campaña. "Ni el señor Sarmiento —dirá un articulista anónimo en 1873— que estudiaba interesadamente el problema, pudo descubrir la incógnita de él, oscureciéndolo más bien con las traducciones inconvenientes que aconsejaba. No tiene punto alguno de contacto el *sagutter* de las selvas norteamericanas con el semisalvaje gaucho del desierto. Son dos naturalezas distintas, sin afinidades que los aproximen."⁸

No todas las críticas al programa de alfabetización o a las medidas específicas con el que el mismo se instrumentaba provenían, ciertamente, de los sectores afectados a la dirección o a la ejecución de ese programa. Las convulsiones políticas que acompañaron a las primeras etapas de las campañas de instrucción pública alimentaron también, desde afuera, un frente de resistencia que debió afectar considerablemente el desarrollo de esas campañas. La figura de Sarmiento, igualmente descollante en los planos de la política y de la educación, se ofrecería así como blanco preferido de una crítica en la que resultaba posible advertir la transferencia, sobre sus decisiones pedagógicas, de juicios originariamente establecidos como respuesta a su actividad política. Uno de sus más enconados adversarios, José Hernández, pudo decir, por ejemplo, en el diario *La*

Capital de Rosario del 20 de julio de 1868:

Es un destino bien amargo el de esta República.
Esto se llama ir de mal en peor.
Mitre ha hecho de la República un campamento.
Sarmiento va a hacer de ella una escuela.
Con Mitre ha tenido la República que andar con el sable a la cintura.
Con Sarmiento va a verse obligada a aprender de memoria la anagnosia, el método gradual y los anales de Da. Juana Manso.

Hostigadas por la incompreensión o la legítima ansiedad de las facciones políticas, plagadas por la incompetencia o la inmadurez de sus planificadores, frenadas por la escasez de los medios materiales y el modesto nivel de idoneidad de los primeros maestros, las campañas de instrucción pública que se intensificaron a partir de la década del sesenta estuvieron seguramente lejos de obtener los optimistas resultados que una ligera lectura de los censos y de algunos informes oficiales podría sugerir. Con todo, esas campañas contaron con un apreciable grado de simpatía de parte de la población a que iban dirigidas, señal de que la ideología del progreso, tal como la representaba la escuela, impregnó el conjunto del cuerpo social, por encima de las resistencias provocadas por otras implementaciones de la misma ideología y del carácter abstracto con que pudieron ser percibidas sus vinculaciones con un proyecto político determinado. Esta simpatía por la institución escolar y por lo que ella vino a significar a lo largo de las décadas fundadoras de la Argentina moderna debe computarse, necesariamente, como un elemento de compensación a la insuficiencia de los hechos que produjo.

Saber leer, en efecto, ser instruido en los secretos de la letra impresa o invocar, por lo menos, algún somero rito de iniciación escolar, fueron objetivos que hicieron su camino propio en la población y segregaron de sí mismos los estímulos y las racionalizaciones adecuadas. En 1859 llegó al despacho de Sarmiento una carta fechada en Baradero, pueblo de la provincia de Buenos Aires:

El capataz de una estancia grande me dijo que los mozos parecían estar locos, pues en lugar de hablar de caballos y carreras, hablan hoy de la escuela, y de que Fulano ya estaba en la lección de las lanas (primera palabra de la lección) y Zutano en otra disputándose el más rápido adelanto; que Pedro ya había pasado a Juan en las cuentas, y que un tal Benítez (30 años de edad) al tiempo de pastorear el ganado traído de apartes, se le ve, montado a caballo, con la cartilla en la mano estudiando su lección. Un peón mío, casado, ha aprovechado en este verano todas las horas de la siesta, como de la noche, para aprender a leer y escribir, haciéndose dirigir por un muchacho que asiste diariamente a la escuela.⁹

Un entusiasmo que no se limitó a ese momento inicial de las campañas de alfabetización ni a ese punto de la geografía rural, como pudo verificarse, ya en el año 1872, con la sorprendente acogida brindada a El gaucho Martín Fierro. El mismo Hernández, que con tanto sarcasmo había imaginado la posibilidad de una República convertida en escuela, gozó del raro privilegio de observar la materialización del escenario de lectura de su libro, de reconocer la inesperada magnitud y la capacidad de respuesta del fenómeno engendrado por los programas de instrucción elemental. Y diez años después, ya como funcionario de uno de los gobiernos responsables de esos programas, pudo comprobar en San Luis, una de las provincias más pobres y destituidas, que los objetivos de la alfabetización habían encarnado vivamente en el pueblo, a pesar de la parquedad y de la frecuente incompetencia de los medios con que estos objetivos buscaban establecerse. Dirá, como parte de un informe anteriormente

mencionado: "El pueblo... tiene un marcado deseo de instruirse, y esto se nota no tan sólo en las conversaciones familiares y en el trato social, sino que lo prueba evidentemente la concurrencia diaria a las escuelas, no sólo en la Capital sino en la campaña donde es necesario recorrer grandes distancias para asistir a las clases".¹⁰

Si la población rural y la de las pequeñas ciudades del interior adherían de esta manera a las campañas de alfabetización, creando un puente que en alguna medida estrechaba la enorme grieta abierta por los índices de deserción y por la repetidamente señalada ineficiencia del sistema escolar, la población de los centros urbanos del Litoral, y particularmente la de Buenos Aires, en un marco de acción más complejo, tendió a manifestarse en el mismo sentido. El ingrediente de diferenciación, por supuesto, estuvo dado aquí por la presencia masiva de extranjeros o, si se prefiere, por el modo como la mayoría de los millones de inmigrantes llegados al puerto de Buenos Aires en su edad adulta logró establecer, a través de la experiencia escolar de sus hijos, el vínculo más efectivo de integración con la cultura del país que los acogía. Antes de finalizar la centuria, José Ramos Mejía en su libro *Las multitudes argentinas* deslizó, entre las rígidas mallas del aparato conceptual del positivismo que lo nutre, algunas interesantes reflexiones sobre el proceso de mediación ejercido por la escuela en esas décadas cruciales:

En nuestro país, en plena actividad formativa, la primera generación del inmigrante, la más genuina hija de su medio, comienza a ser, aunque con cierta vaguedad, la depositaria del sentimiento futuro de la nacionalidad, en su concepción moderna, naturalmente.

Ese primer producto de la inmigración, el argentino del futuro, vive en la calle más que en ninguna otra ciudad del mundo donde generalmente la infancia está disciplinada... Por consecuencia, su cerebro es más fustigado, más estimulado, y como el cerebro del niño no recibe sino lo que puede, lo que aleja los peligros del un poco exagerado surmenage escolar, es más precoz en su desarrollo que el de los niños del hogar acomodado, que el del niño bien, como en la jerga de la sociedad se dice. Eso explica, probablemente, su superioridad en todos los ejercicios de la escuela y la facilidad con que el observador ve desenvolverse lentamente el sentimiento de patria, que en la futura generación será más completo.

Sistemáticamente y con obligada insistencia se les habla de la patria, de la bandera, de las glorias nacionales y de los episodios heroicos de la historia; oyen el himno y lo cantan y lo recitan con ceño y ardores de cómica epopeya, lo comentan a su modo con hechicera ingenuidad, y en su verba accionada demuestran cómo es de propicia la edad para echar la semilla de tan noble sentimiento. Yo siempre he adorado las hordas abigarradas de niños pobres, que salen a sus horas de las escuelas públicas en alegre y copioso chorro, como el agua por la boca del caño abierto de improviso, inundando la calzada y poblando el barrio con su vocerío encantador. Esas aves errantes, de tan descuidado plumaje y de un exotismo gracioso de nombres y apellidos, salen de un nido desconocido: sin duda, pero como la misteriosa *redotestia rosea* que encontraba Nansen en su camino, suelen volar alto y resistir con más éxito la cruda temperatura que las rodea.¹¹

El comportamiento de algunas comunidades de extranjeros diseminadas en las llamadas "colonias" en las provincias de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos no fue, exactamente, el mismo que el observado en Buenos Aires, y las autoridades educacionales debieron actuar a veces con firmeza para hacerles desistir de la determinación de sostener escuelas particulares en las que la enseñanza se impartía en la lengua nativa de los colonos. Con estas excepciones más o menos transitorias, puede afirmarse que los programas de alfabetización fueron una pieza decisiva en el ajuste social del inmigrante. Obtener para sus hijos, de manera gratuita, el acceso a una educación que les había sido generalmente negada en sus propios países debió de ser algo más que una comprobación promisorias para el extranjero que sopesaba las ventajas

de una radicación definitiva. Recibir de esos hijos la traducción emocional de los símbolos de la nacionalidad, insistentemente difundidos por la escuela, debió de contribuir a que el pacto de asimilación adquiriera la velocidad y el marcado sentimentalismo con que la que la experiencia inmigratoria argentina se distinguiera de otras experiencias contemporáneas.

La escuela, entonces, con todos los altibajos atribuibles y verificables fue el primero de los instrumentos de modernización puesto en práctica en la Argentina, y el primero en demostrar que, en ese arduo proceso, cada instrumento vendría a desdoblarse en diferentes roles y distintas vías de acción. El primero también en visualizar los logros del objetivo oficialmente asignado. Y no invocaremos de nuevo la dudosa aritmética de los censos para fundar esta última aseveración. Bastará informarnos sobre la formidable producción de material impreso que empezó a circular desde comienzos de la década del ochenta para entender que la capacidad de lectura creada por la escuela pública era ya, por entonces, un dato de la propia realidad.

En la revista musical de Justo José López de Gomara, *De paseo en Buenos Aires*, estrenada en 1890, encontramos un diálogo que reproduce alguno de los aspectos cotidianos de la vida de la ciudad. Debe señalarse que el autor era de origen español, radicado en Buenos Aires, y que sus personajes, claramente, expresan su propia perspectiva de observador distanciado:

Don Diego —Qué retahíla, ¡vive Dios!

¡Qué cantidad de periódicos!

Vendedor —Y esto es al salir el sol,
que lo que es hasta ocultarse
salen hasta veintidós.

Conde —¿Entonces se leerá mucho?

Vendedor —Se lee mucho, sí señor.¹²

Esta referencia, extraída de una fuente deliberadamente modesta, no tiene otra finalidad que la de presentar, en los términos que corresponden a una vivencia de la época, la tumultuosa irrupción del fenómeno de la prensa periódica. Fenómeno cultural de proyección masiva ciertamente anticipado en algunos países de Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica, pero que en la Argentina adquiriría, junto con el papel de configurador privilegiado del nuevo campo de lectura, un desarrollo material casi hipertrófico, si se toman en cuenta los índices de población relativos.

II

Ernesto Quesada, uno de los más puntuales cronistas de las transformaciones de que fue testigo su generación, publicó en 1883 un valioso informe sobre la prensa periódica contemporánea. En el mismo ordena todos los datos a su alcance sobre los años que van de 1877 a 1882, traza promedios, compara estadísticas. Es probable que las cifras que maneja, en una época que no había sistematizado aún el registro y el intercambio de información, puedan merecer reparos y ajustes de detalle. Estas correcciones, sin embargo, difícilmente modificarán las grandes líneas del fenómeno que pretende describir.

En 1877 el país tenía 2.347.000 habitantes. Como en el transcurso de ese año se editaron 148 periódicos de índole y ritmo de aparición diversos, el promedio destaca la existencia de un periódico por cada 15.700 habitantes. En los Estados Unidos, durante el mismo año, se había editado un periódico por cada 7.000 habitantes; en Suiza, uno por cada 8.000; en Bélgica, uno por cada 15.000. La Argentina se ubicaba así, cómodamente, en el cuarto promedio mundial.

Para 1882, sobre una población estimada en 3.026.000 habitantes, circulaban ya 224 periódicos. El índice de crecimiento de la prensa superaba al índice de crecimiento demográfico, estableciendo un nuevo promedio de un periódico por cada 13.509 habitantes, el tercero ahora en el orden mundial.

Quesada, comprensiblemente, consideraba muy halagüeña para el país la imagen despreñada de ese juego de comparaciones. Y para evitar la sospecha de generalización que podría recaer sobre enunciados tan rotundos, se apresura a agregar algunas precisiones obtenidas en el curso de una investigación personal:

En la actualidad hay diarios en esta Capital, cuyas máquinas señalan el número del tiraje, y en ellos se puede ver que uno tira 8.700 ejemplares, pero que hay varios cuyo tiraje es de 5.000. Este dato es siempre excepcional entre nosotros, pues la circulación de nuestros diarios es limitada, y los de afuera de la Capital, más aún.

No es la cantidad de ejemplares editados por cada periódico, entonces, el hecho que reclamaría la atención en esta etapa inicial del periodismo moderno en la Argentina, sino la profusión de sus títulos y la variedad de los contenidos que ofrece: diarios, semanarios, revistas de aparición semanal o mensual; órganos de información general, políticos, humorísticos, religiosos, profesionales. Escritos en español en la mayoría de los casos, aunque también en la lengua de las principales colectividades de extranjeros radicados en el país.

Y la profusión, desde luego, también suma cantidades. Quesada calculó que si la tirada de cada una de estas publicaciones hubiera sido de 1.500 ejemplares como promedio (estimación baja, según creyó oportuno aclarar), el total de impresos hubiese alcanzado durante ese año una tirada de 322.500 ejemplares diarios.

En este punto del informe el autor omitió indicar que el promedio obtenido no podía ser válido para todas las jornadas del año, puesto que algunas de esas publicaciones circulaban con periodicidad diversa y hasta irregular. Aun con esta corrección, y admitiendo que la cifra de 322.500 ejemplares se verificara como tope en determinadas fechas del año, el volumen del material impreso puesto a disposición de los lectores es más que notable. El promedio en esas circunstancias era de un ejemplar para cada 9 habitantes, y si se descuenta el porcentaje aproximado de publicaciones escritas en lenguas extranjeras: uno para cada 10.¹³

Dos años después de conocido el informe de Quesada, los hermanos Mulhall agregaron a la quinta edición del *Handbook of the River Plate* una reseña en la que daban cuenta de la situación del periodismo en la Argentina. En la ciudad de Buenos Aires, decían, la circulación conjunta de sus veinticinco diarios era de 17.000 copias, con un promedio de 23 copias para cada 100 habitantes, "double the ratio of the United Kingdom and 3 times that of the United States". El total de publicaciones periódicas en toda la República, sin embargo, no excedía los 3.000.000 de copias mensuales, lo que reducía a 3 el número de ejemplares disponibles por cada 100 habitantes, comparado con 9 en Gran Bretaña, 7 en Estados Unidos, 6 en Francia, 4 en Bélgica y 2 en Italia. Los diarios de Buenos Aires, afirmaba la reseña, eran correctamente editados y podían

ser favorablemente comparados con los de Europa.¹⁴

Al año siguiente, en 1886, Leopold Schnabl, que cubría las funciones de cónsul argentino en Alemania, publicó un libro de impresiones personales sobre el país que representaba, *Buenos-Ayres. Land und Leute am silbernen Strome*. El periodismo ocupa una apreciable extensión de sus notas, como que el número de las publicaciones y el contenido del material impreso puesto a disposición del público, le parecieron los signos más elocuentes de la modernización que sacudía las estructuras de la sociedad argentina y los más elocuentes también de los abusos, las distorsiones y el provincianismo rústico que acompañaban el crecimiento de esta forma de comunicación. Según Schnabl circulaban entonces en Buenos Aires alrededor de cien diarios y revistas de aparición semanal, ochenta de los cuales estaban redactados en español. La organización y presentación de los mismos no eran comparables a la de los periódicos editados en Europa y en los Estados Unidos pero, en relación con el tamaño de la población, existían ya algunas estimables publicaciones con tiradas de 10.000 a 12.000 ejemplares. En el clima de aguda competitividad en el que nacían y en el que debían sobrevivir, estos periódicos apelaban regularmente a recursos inimaginables en las páginas de la buena prensa europea. La extrema politización, el escaso respeto por la privacidad de los individuos y la práctica del anonimato editorial figuraban entre los recursos que daban al periodismo porteño un aire de escándalo cotidiano. Podía apostarse, sin embargo —el autor del libro apostaba—, a que estos hábitos ni eran fatales ni debían ser necesariamente permanentes. Los ejemplos de dos periodistas como Sarmiento y Mitre estaban a su alcance para ilustrar su propio modelo de dignidad profesional, y los ejemplos de diarios como *La Nación*, *La Prensa*, *La Tribuna*, *La Patria Argentina*, *El Nacional*, *El Diario*, al alcance de cualquier lector que reclamara seriedad de información, opinión responsable y buena prosa.¹⁵

El *Anuario Bibliográfico*, fundado por Alberto Navarro Viola, recogió para cada uno de los años que van de 1879 a 1887 la lista de las publicaciones periódicas impresas en el país. Es la fuente de referencia obligada para este período y, aunque no consigna tiradas, la sola mención de los títulos e índole de cada publicación permite precisar los componentes de la actividad periodística y calibrar sus bruscas etapas de crecimiento. Las 109 publicaciones periódicas de 1880 se convertirán en 407 en el año 1886. Los 38 diarios que en el registro inicial se desglosaban de la designación genérica de periódicos sumarán 80 en el registro último. Las 41 revistas mensuales de 1880 serán 121 en 1886.¹⁶

El *Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industria de la Ciudad de Buenos Aires*, levantado entre agosto y setiembre de 1877, recogió por primera vez una nómina oficial de los diarios y revistas editados dentro del perímetro de la ciudad, con indicación precisa del número de copias de cada edición. *La Prensa* y *La Nación* aparecen a la cabeza de la nómina compartiendo una tirada promedio de 18.000 ejemplares diarios. Le siguen *El Diario*, con 12.500; *La Patria Italiana*, con 11.000; *Sud-América*, con 6.000, y *La Tribuna*, *La Patria* y *Le Courier de la Plata*, con 5.500, 5.000 y 4.500, respectivamente.¹⁷ En cuanto al crecimiento del número de ejemplares tirados por las publicaciones que empezaban a afianzarse en las preferencias del público, valgan estos datos relativos al diario *La Nación*. El órgano de prensa dirigido por Mitre prácticamente había doblado su edición en los cinco años que separan el registro de Quesada de la información recogida en el *Censo General* de 1887. Pero apenas tres años después se comentaba, en el mismo periódico, la puesta en marcha de modernísimas máquinas; "Han sido, puede decirse, inventadas por *La Nación* para responder a las necesidades crecientes de espacio y de rapidez de impresión". Con estos

"maravillosos instrumentos de la tipografía moderna" contruidos en París, la tirada del diario se elevaba a 35.000 ejemplares.¹⁸

Por supuesto, la declaración del número de copias impresas por parte del propio editor podía ser recibida con reservas por editores rivales, y hasta desmentida sin reserva alguna como ingrediente de un obvio reclamo comercial. El semanario *Don Quijote*, poco antes de que *La Nación* anunciara la instalación de sus nuevas maquinarias y el aumento de la ya considerable tirada del diario, decía en su salida correspondiente al 23 de diciembre de 1888:

Continúa el exquisito escritor de las notas risueñas diciendo todos los días que "La Nación" tira 14.050 ejemplares.

Tan picaresco descubrimiento, repetido millares de veces, ha obligado al director del diario en que Cárcano suele insultar de vez en cuando a los periodistas de la oposición, a relegar la chistosa sección de la segunda página, entre los avisos de remates y defunciones.

Y en la del 3 de febrero de 1889:

Reina una gran tristeza en toda la República, porque las notas Gutierreñas o se han suprimido o se publican allá, entre los avisos de remate, como si dijeran que también ellos están a disposición del mejor postor.

Por lo demás, cuando aquellas notas se publican, tienen una gracia exquisita. Figúrense ustedes, comienzan con esta sandunguera declaración: "La Nación tiene 14.050 suscriptores" y acaba con esta otra: "La Nación tiene 14.050 suscriptores". Ya ven ustedes que no se puede pedir nada más gracioso, ni más espiritual que esa importantísima creación Gutierreña.¹⁹

Como una curiosa y seguramente casual confirmación del tipo de rivalidad establecida entre dos de las más exitosas publicaciones del momento, las empresas de *La Nación* y de *Don Quijote* se embarcaron, con diferencia de dos años, en la preparación de números especiales que se constituyeron en los picos editoriales de la década. El 21 de setiembre de 1888 la casa impresora de *La Nación* publicó el número único de *La Prensa Argentina*, dedicado a la memoria de Sarmiento, cuyos restos llegaban ese día de Asunción. "Vendiéronse 64.000 ejemplares, considerada la mayor que hubiese alcanzado en la Capital una publicación de ese género."²⁰ Y el semanario *Don Quijote*, enrolado en las filas de oposición al gobierno de Juárez Celman, dedicó su edición del 10 de agosto de 1890 a comentar los sucesos revolucionarios que acababan de conmover a Buenos Aires. La edición fue de 61.000 ejemplares, agotados en el mismo día de su aparición.

Dentro del rico y difuso panorama de la prensa periódica argentina, en aquella suerte de estampida en que se lanzó al reclutamiento y a la conformación del nuevo público lector, los últimos datos ofrecidos permiten marcar orientaciones y puntos de condensación significativos. Por lo pronto, la información aparece recortada sobre Buenos Aires y su área de influencia, un eje de gravitación que corresponde, de hecho, al desigual crecimiento de la Capital Federal con respecto al conjunto del país. Señala el crecimiento de dos de los periódicos, *La Nación* y *La Prensa*, que lograron proyectarse vigorosamente hacia el deslinde y al entero curso de nuestro siglo, y sugiere el aspecto empresarial (la adecuada relación entre instinto comercial y dominio del medio de comunicación impreso) que empezaba a prevalecer sobre la práctica generalizada de la improvisación y el repentismo. Y puntualiza, por último, el grado de respuesta de que era capaz la nueva población de lectores ante un hecho de excepción susceptible de convertirse en noticia y en comentario impreso. La muerte de Sarmiento y la

Revolución del Parque debieron ser, cada uno con su propia carga de justificaciones, el tipo de acontecimiento y la clase de noticia que podía acaparar el interés de la mayoría de todos los lectores potencialmente capaces de recibir la misma información al mismo tiempo.

Si los 64.000 ejemplares de *La Prensa Argentina* o los 61.000 de *Don Quijote* se toman entonces como indicadores ciertos del campo de lectura posible para la población global de Buenos Aires y sus alrededores, y si se conjetura, con la mayor prudencia, que en cualquiera de los dos casos cada ejemplar pudo ser leído al menos por dos personas²¹, el público revelado por la circulación de alguno de estos impresos alcanzaría un techo aproximado de 120.000 lectores. Para 1890, la población de Buenos Aires se estimaba en poco más de 500.000 habitantes.

En la década final del siglo el movimiento periodístico mantuvo la misma fuerza de expansión y similares características. La novedad, en este segmento temporal, estuvo dada por la proliferación de la prensa anarquista, surgida como respuesta pero también como estímulo de las tensiones que comenzaban a crispar las relaciones sociales en los centros urbanos. El *Segundo Censo de la República Argentina*, levantado en 1895, da cuenta de estas publicaciones y acompaña el registro del siguiente comentario:

*Se ve por esa enumeración que en la República están representados todos los intereses sociales, y hasta, como una mancha en el sol de nuestros progresos ¡el socialismo y el anarquismo! Verdad que esos periódicos son anónimos y subrepticios, editándose en imprentas desconocidas y repartiéndose vergonzosamente en la oscuridad.*²²

Comentario sorprendente en un documento oficial, sin duda, pero que refleja la irritación con que en los medios gubernamentales se seguía la actividad de los grupos políticos y gremiales más radicalizados. Cinco años después, al comentar el atentado anarquista que costara la vida a Humberto I, en Italia, la revista *Caras y Caretas* creyó oportuno reconstruir para el lector un cuadro de la actuación del anarquismo en la Argentina, y a esos efectos preparó lo que puede considerarse, probablemente, el primer listado general de la prensa en que se difundió esa doctrina:

*Enrique Malatesta llegó al Plata en 1884, y tras de dar varias conferencias publicó "La Questione Sociale" primer periódico de su género en Sud-América. A éste siguieron "El Perseguido", violento semanario que alcanzó a tirar 16.500 ejemplares, viviendo ocho años; "La Unión Gremial", órgano de todas las sociedades de resistencia; "El Oprimido", publicación que redactaba el médico inglés doctor Juan Greagche, residente en Lujan; "La Questione Sociale", revista editada por Fortunato Serantini, con carácter científico, dando a luz trabajos de Kropotkine, Reclus, Grave, Hamon, Mella, Gori y Malatesta, revista que hoy se llama "Ciencias Sociales"; "La expansión industrial", dirigida por el agrimensor Señor G. Vedia y Mitre; "La Nueva Aurora", "El Obrero Albañil", "La Voz de Ravachol", "Ni Dios ni Amo"; "La Revolución Social"; "La Fuerza de la Razón"; "La Lucha"; "Miseria"; "El Revolucionario"; "La Autonomía"; "El Libertario"; "La Voz de la Mujer" redactado por dos bellas jóvenes; "Lavoriamo", y otros varios que han muerto o "aparecen cuando pueden", según anuncian en sus respectivas cabeceras. En el Rosario, desde 1895, han sido publicados: "La Verdad"; "La Federación Obrera", "La Libre iniciativa"; "La Nueva Humanidad", redactado por el médico doctor Arana, y "La Voz de la Mujer" homónimo del de Buenos Aires, escrito por Virginia Bouten. En La Plata... y en casi todas las ciudades importantes de la república, se imprimen folletos, libros y hojas sueltas defendiendo los mismos principios.*²³

La novedad de la prensa anarquista venía a enfatizar las diferenciaciones internas que se producían en el campo de la lectura, pero estas diferenciaciones, conviene señalarlo, no se hicieron en desmedro de los otros órganos periodísticos ni de su impresionante ritmo de crecimiento.

Antes de finalizar el siglo, en 1898, la inauguración del soberbio edificio, construido

al costo de tres millones de dólares de la época para albergar las instalaciones del diario *La Prensa*, pudo estimarse como la consagración del rumbo y del caudal que sostenía esa onda expansiva. Con rotativas que no tardaron en imprimir 100.000 ejemplares (el diario había empezado en 1869 con una tirada de 700) y un servicio cablegráfico y de corresponsales que lo convertiría, en algún momento, en el diario mejor informado del mundo, *La Prensa* se impuso entonces como el epítome de todo lo que podía representar el periodismo moderno. Los redactores del *Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industria de la Ciudad de Buenos Aires*, efectuado en setiembre de 1904, podían decir, con razón, que el flamante edificio de *La Prensa* podía rivalizar victoriosamente con los mejores de los Estados Unidos y que su tirada comprobada de 95.000 ejemplares hubiera sido considerada por los hombres de la Independencia y por los primeros periodistas como un cuento de hadas.²⁴

Otros datos incluidos en el mismo censo nos recuerdan, por lo demás, que las metas excepcionales alcanzadas por el diario *La Prensa* no se distanciaban demasiado de los logros obtenidos por otras empresas periodísticas y que alguno en particular, el del semanario *Caras y Caretas* fundado en 1898, se afianzaba ya como uno de los más espectaculares en toda la historia del periodismo argentino.

El número anteriormente mencionado de este semanario, con la información del atentado terrorista en Italia en 1900, tuvo una tirada de 70.000 ejemplares de 100 páginas ilustradas con 700 grabados, el doble de la tirada que los editores habían calculado. La cantidad de copias, sin embargo, no fue suficiente para satisfacer la demanda, y los editores anticiparon que debido a los costos y a la complejidad del proceso de impresión no habría una segunda edición. Apenas tres años después, estas limitaciones técnicas y financieras parecían haber desaparecido. Al menos así lo señala el comentario a la edición de homenaje a la delegación chilena en Buenos Aires aparecido en el número 243, del 30 de mayo de 1903:

Agotada la edición anterior que hubimos de limitar a 72.000 ejemplares por el breve tiempo de que disponíamos, y ascendiendo a una cantidad considerable la demanda de ejemplares que recibimos de los agentes y suscriptores que no pudieron hacer su pedido en el plazo que fijamos... hemos resuelto reimprimir el número del 25 de Mayo.

Es seguro que la novedad y la calidad del material gráfico que ofrecía el semanario concitaban y absorbían el interés de muchos de sus lectores potenciales; pero es seguro también que tanto el ritmo de aparición como la índole, el estilo y la variedad de sus notas contribuyeron a crear un modo de lectura de más en más específico. Con un sosiego mayor del que permitía el compulsivo consumo de las primicias desplegadas en la prensa cotidiana, el lector de la revista semanal accedía a un nivel de lectura, si no más complejo, susceptible al menos de exigir un más alto grado de participación y de identificación. El acto de lectura marcadamente individualista del diario tendía a convertirse en un acto de lectura familiar o de grupo. La experiencia, por supuesto, distaba de ser original en los anales del periodismo moderno, pero los editores y redactores de *Caras y Caretas* tuvieron la habilidad de adaptarla en términos que la experiencia vino a resultar inimaginable fuera del contexto argentino.

Nada más "argentino" que los diálogos inventados por Fray Mocho, el director de la revista; nada más transparente, al mismo tiempo, a los conflictos de situación padecidos por las viejas familias "criollas" que buscaban insertarse en las mallas de la sociedad moderna, ni más compasivamente permeable a la presencia inevitable de los "gringos". Nada tan gracioso sobre la dudosa moralidad de los tiempos revueltos en que se construía la nueva Argentina, ni tan insobornablemente optimista sobre los largos plazos del futuro. Diálogos para ser leídos en voz alta. Horizonte acústico y caja de resonancia

en los que vastos sectores de la naciente clase media urbana debían, íntimamente, reconocerse.

En 1910, para celebrar el centenario de la emancipación política de España, los editores de *Caras y Caretas* prepararon un número especial cuyas características tipográficas, volumen y tiraje definen tanto la envergadura del esfuerzo periodístico como la confianza en la respuesta de un amplio frente de lectores: 201.150 copias de un volumen de 400 páginas generosamente ilustradas. En una nota editorial incluida en el número siguiente, encontramos la versión sucinta del acontecimiento, sin que la brevedad procure ocultar el orgullo del redactor y el de aquellos en cuyo nombre se expresaba:

¿Por dónde vamos a empezar, si tenemos tantas cosas que decir? Verdaderamente lo mejor es empezar por la tirada, que es por donde todo el mundo empieza: 201.150 ejemplares. Es una tirada como no la tuvo ninguna otra revista sudamericana, y que marca un record extraordinariamente superior al último (que, entre paréntesis, también fue nuestro).

Calculados uno encima del otro, los 201.150 ejemplares formarían una pila de 3.017 metros, 25 centímetros, más de 35 veces la altura del Congreso.

Imprimiendo las 400 páginas en una sola tira de papel, la edición ocuparía una extensión de 20.910.000 metros, algo más de la distancia que media entre los polos Norte y Sud.²⁵

La mitad de estos ejemplares fue vendida en la ciudad de Buenos Aires; la otra mitad fue distribuida o enviada por correo al interior del país, en una curiosa dicotomía aritmética que no hacía sino reproducir la polarización estructural a que habían conducido, por entonces, la distribución demográfica y la concentración del poder económico en la antigua capital del virreinato. Para 1910, Buenos Aires, con 1.306.000 habitantes (sin contar con los varios millares avocindados en su perímetro), había multiplicado casi por cinco los 286.000 registrados en 1880, y era ya el mayor conglomerado humano de cualquier país de habla española. La instrucción pública, internalizada como un valor colectivo, había avanzado tan considerablemente como para que el *Censo General de Educación* de 1909 computara como analfabetos menos del 4% de los niños de 13 años residentes en la ciudad.

La prensa periódica, por supuesto, estaba bien establecida en el interior del país, y los diarios de Rosario, Córdoba, Tucumán o Mendoza tendían a representar y satisfacer una compleja red de intereses regionales. Pero la prensa periódica, a todo lo largo del segmento temporal que cubre nuestro campo de observación, prosperó y se multiplicó en Buenos Aires como en su habitat natural de desarrollo. En el año del centenario, los diarios matutinos *La Prensa*, *La Nación*, *La Argentina*, *El País*; los vespertinos *El Diario* y *La Razón*, y los semanarios *P.B.T.* y *Caras y Caretas* ostentaban, entre la variedad de títulos que parecía constitutiva de la prensa porteña, los mayores índices de circulación.

III

Las campañas de alfabetización acrecentaron enormemente el número de lectores potenciales, pero estos lectores han aparecido hasta ahora solamente identificados por los índices de circulación y por determinadas características de la prensa periódica. Incluir el libro como objeto de identificación, es decir incluir la variante de un acto de lectura que implica el dominio de los símbolos adscriptos a la cultura letrada, supone la consideración de un fenómeno que sólo tangencialmente comparte fronteras con el anterior.

En el *Anuario Bibliográfico*, de Navarro Viola, se encuentra abundante información sobre el movimiento editorial y de librerías en los años iniciales de la década del 80. En 1882 la ciudad de Buenos Aires disponía de 40 imprentas, y el número de libros editados fue de 420. De este total, 55 eran de índole literaria, una denominación un tanto ambigua en la que cabían obras de viaje y discursos fúnebres y no se distinguía el libro del folleto.²⁶

"Edición de pocos ejemplares" es una frase que se lee con frecuencia en el *Anuario Bibliográfico*. A veces se precisan las cifras: 40 es la más baja anotada para una edición; 500 parece ser la regular para la mayoría de los libros mencionados, y la primera edición de los mismos la única computable. Las excepciones confirman la regla. En este año se comenta el suceso obtenido por la primera novela de Eugenio Cambaceres: "Ningún libro ha alcanzado en Buenos Aires el éxito ruidoso de *Silbidos de un vago*, del que se hizo en breve tiempo una segunda edición". En el *Anuario Bibliográfico* anterior se repite un juicio sobre el libro de José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*: "Hago en él un cumplido elogio de esta obra que reclamó una segunda edición a los tres meses de ponerse en venta la primera, de 500 ejemplares".²⁷ Y la célebre *Juvenilia* de Cañé, culminación de la comente evocativa que sensibilizó a los porteños en los comienzos del proceso de modernización de Buenos Aires, agotó en pocos días una edición de 1.200 ejemplares.²⁸

Poco antes de iniciarse la década fue emprendida una ambiciosa empresa para sostener y difundir el libro de carácter literario: la *Biblioteca Popular de Buenos Aires*. Dirigida por Miguel Navarro Viola, la colección ofrecía un volumen mensual de 250 páginas. Cada volumen contenía textos de autores argentinos, americanos, españoles y traducciones de obras de autores extranjeros. El título de la colección, la índole de las lecturas propuestas, el formato y el precio indican la abierta voluntad de llegar a un público amplio. La tirada por volumen fue, sin embargo, de 2.000 ejemplares, cifra que pareció insuficiente a quienes juzgaban con simpatía la iniciativa del editor.

El muy respetado Vicente G. Quesada decía en el *Anuario Bibliográfico* de 1880:

Mensualmente llama a mi puerta un huésped que espero con ansiedad y cariño: es un pequeño volumen de 250 a 260 páginas en 8º menor de compacta y nutrida composición.

...El Dr. Navarro Viola ha emprendido una tarea útil y patriótica; es de desear que su labor obtenga la protección que merece.

Pobre idea se tendría de una sociedad en la cual una publicación de esta importancia

tuviese una edición escasa y apenas cubriese los gastos: en cualquier país verdaderamente culto, la edición de la *Biblioteca* subiría a algunos miles de ejemplares, y procurando con una ganancia honesta los medios de mejorarla, serviría de estímulo a los escritores nacionales cuyas obras por excepción cubren los crecidos gastos de impresión y muy rara vez compensan la labor del escritor. Aquí se cree que el autor debe dar el libro a sus amigos, y sus amigos no piensan que ese libro representa tiempo, y el tiempo es el pan de los que no son ricos.²⁹

Las quejas sobre la escasa difusión del libro habían sido, ciertamente, expresadas con anterioridad, y hasta habían servido a Pedro Goyena para justificar sus dudas sobre la condición de "Atenas del Plata" que parecía arrogarse la ciudad de Buenos Aires por los años 70.³⁰ Pero las palabras de Vicente Quesada se inscribían ahora en un contexto en el que no resultaba posible ironizar sobre metáforas más o menos complacientes. Buenos Aires, en el nudo neurálgico de un sistema por el que se canalizaban todos los signos del progreso, disponía ya de una industria impresora capaz de proveer millares de copias diarias de material destinado a la lectura. Pero era para las necesidades de la prensa periódica como se había constituido esa industria, y los nuevos contingentes de lectores parecían destinados para responder a los incentivos de la prensa periódica. Ante estas circunstancias, el libro no aparecía ya como relegado por la indiferencia de unos cuantos lectores en una sociedad básicamente iletrada. Era el gran marginado en una sociedad en la que el dominio de los códigos de lectura y escritura se volvía mayoritario.

Desde esta perspectiva, aunque sin atreverse a desarrollarla con franqueza, Alberto Martínez trazó un panorama, "El movimiento intelectual argentino", que el diario *La Nación* publicó en sus entregas del 7 y 8 de enero de 1887.³¹ El autor venía de preparar estudios estadísticos sobre el crecimiento material de Buenos Aires, y se hace evidente que esta experiencia fomentó o consolidó su entusiasmo por todas las manifestaciones de progreso que trabajaran en la transformación de la ciudad. Decidido ahora a medir con su instrumental estadístico las expresiones de la vida intelectual, comienza por preguntarse si existirán en ella cambios comparables a los verificados en la vida material o si, por lo contrario, se encontrarán en la misma las comprobaciones que hicieron afirmar a los miembros de la Comisión de las Bibliotecas Populares, después de leer el *Primer Censo Nacional* de 1869, que no había en el país 300 personas capaces de seguir el movimiento de las ideas en el mundo.

Escindido por el doble modo de interrogar a su objeto de análisis, el informe de Martínez parece condenado a oscilar en el sentido y la valoración de todas sus respuestas. De las cinco partes de que consta el informe: Población escolar, Prensa, Asociaciones científicas, Comercio de libros y Bibliotecas, las dos últimas, las que reconocen el rol protagónico del libro, son las que merecen mayor espacio y atención. Los datos disponibles sobre la población escolar en la ciudad de Buenos Aires (y prácticamente la totalidad del estudio se restringirá a la Capital Federal), aunque señalan que esa población fue duplicada entre los años 1869 y 1884, no le parecen al autor datos suficientes para computar un índice de progreso, por cuanto no podían ser confrontados, en ese momento, con las cifras de aumento de la población general en la misma área.

Una vez, pues, que falla este primer elemento de juicio para apreciar el estado intelectual de una sociedad, ¿es permitido guiarse para estudiarlo por el número de las publicaciones periódicas que en ella tienen lugar? ¿Es el número de diarios y de revistas exacto barómetro para medir la altura moral de una sociedad? Es cierto que los diarios ejercen, por lo general, un austero apostolado, cuando los que los escriben están penetrados de la alta misión que desempeñan; porque a la vez que sirven de celosos guardianes de los intereses sociales, contribuyen a la divulgación de las verdades científicas o de otro orden haciéndolas penetrar en los apartados dominios de las masas

populares; pero también es cierto que no todos los diarios caben dentro de este programa, y que a veces, lejos de servir para iluminar con la pura luz de la verdad los cerebros de los que leen, sólo sirven para oscurecerlos o extraviarlos.

Con estas reservas, no es sorprendente que de las 44 páginas con que cuenta la separata editada por *La Nación* con el estudio de Martínez, sólo una aparezca dedicada a registrar el movimiento de la prensa periódica en Buenos Aires. No se utiliza en el resumen el artículo de Ernesto Quesada y, de las confiables listas presentadas por el *Anuario Bibliográfico*, se rescatan apenas el porcentaje de publicaciones impresas en Buenos Aires, los totales anuales y el número de títulos dedicados a la población nativa.

Tampoco el examen de las asociaciones científicas y literarias arroja alguna certidumbre sobre el progreso de la vida intelectual en la ciudad, por lo que el autor del informe se decidirá a "recurrir a lo que nos puede dar mayor luz en esta investigación", esto es "a interrogar los libros de nuestros libreros editores" y "observar de cerca la marcha de nuestras cuatro bibliotecas públicas". Para cubrir las exigencias de este asedio al libro, Martínez comenzará por recorrer las anotaciones del *Anuario Bibliográfico*. Aquí encontrará, entre un farrago de memorias, tesis, folletos e impresos profesionales, algunas obras dignas de la atención de lectores cultivados, y encontrará también la medida de la respuesta de esos lectores. Las obras de Miguel Cañé serán citadas en primer término, y las de Eugenio Cambaceres. Una novela de Cambaceres había agotado una edición de 2.000 ejemplares en una semana.

Otros autores argentinos como Estanislao Zeballos, José Antonio Garmendia o Amancio Alcorta, lograban también fuera de los géneros estrictamente literarios, buena acogida para sus obras. Pero nada que pudiera compararse, desde luego, al éxito alcanzado por la traducción de tres de las obras del moralista inglés Samuel Smiles: 29.500 ejemplares vendidos en un año, "dato asombroso, único en el país", como se apresuró a comentar el autor del informe.

Martínez creará interpretar la naturaleza de este auténtico *best seller* de la época, en función de la oportunidad con que los libros de Smiles (*El carácter, El Deber y La ayuda propia*) venían a describir la conducta ideal del hombre moderno, sus rasgos morales irrenunciables y las ventajas individuales y sociales del ahorro y de la cooperación. Pero cualquiera fuera la validez de su interpretación, los datos, en sí mismos, no dejaban de enfatizar la excepcionalidad de ese éxito de librería, ni de señalar la circunstancia —incómoda para los objetivos del informe— de que el responsable de ese éxito fuera un extranjero.

Con la no declarada pero conspicua omisión del todavía vigente éxito del *Martín Fierro*, de Hernández, y de las primeras novelas de Eduardo Gutiérrez, ya reseñadas por el *Anuario Bibliográfico*, el autor de "El movimiento intelectual argentino" llegará al final de su escrutinio con la convicción de que el esmirriado balance de media docena de nombres espigados de la producción literaria y científica de los últimos años era menos el resultado de la indigencia de esa producción que de la limitada capacidad de respuesta del público lector. Allí estaban las obras de autores eminentes como Sarmiento, López, Alberdi o Mitre, necesitadas del apoyo oficial para ser llevadas a la imprenta, y las de Lamas o Rawson, del apoyo privado, para dar sustancia a su distribución de responsabilidades.

En cuanto al examen del caudal y del movimiento de libros en las cuatro bibliotecas más importantes de Buenos Aires, el examen aportará cifras y juicios de valor fácilmente ubicables en los extremos de optimismo y de pesimismo. La Biblioteca Nacional, la Bernardino Rivadavia, del Municipio de Buenos Aires, la de San Cristóbal, sostenida por la Sociedad Tipográfica Bonaerense, y la biblioteca de La Merced,

dependiente de una asociación católica, sumaban agrupadas, para 1885, un depósito aproximado de 43.000 volúmenes. Pero la sola biblioteca del Municipio de Boston, 15 años antes, disponía de casi 300.000 volúmenes, contraste del que debían hacerse cargo, en este caso, las autoridades y no el público de Buenos Aires, puesto que el sostenimiento de las grandes bibliotecas modernas reclamaba un decidido apoyo oficial.

La conducta del público variaba de una institución a la otra. En la Biblioteca Nacional, de lejos la más importante con sus 33.000 ejemplares, las comprobaciones eran francamente irritantes, como que concurrían a ella no más de 21 lectores como promedio diario, no más de 300 al año, la mayoría de los cuales eran estudiantes que residían en las vecindades. En la biblioteca Bernardino Rivadavia, por lo contrario, era estimulante y hasta admirable verificar el uso que una falange diaria de lectores hacía de los 7.000 libros acreditados en sus ficheros:

Nada más interesante que el espectáculo que presenta el vastísimo salón de la biblioteca del municipio, en las horas de mayor concurrencia, particularmente en las largas noches de invierno, que es cuando más afluyen los lectores, con sus mesas de lectura ocupadas por personas de todas las edades y de todas posiciones sociales, desde el modesto jornalero con las manos encallecidas en el rudo trabajo de todos los días, hasta el hombre de fortuna de delicados gustos literarios, o el joven estudiante sediento de verdad o llena la cabeza con la terrible preocupación del próximo examen; todos con la vista clavada sobre las páginas abiertas de un libro, y con la frente iluminada por los resplandores intelectuales que él proyecta, reconociéndose iguales delante de este gran nivelador por excelencia, y gozando con los goces purísimos que proporciona el libro, "este consolador mudo que vierte sobre las heridas del alma los cantos sagrados del pensamiento".

La cita reproduce el momento más entusiasta del informe, dado que en ella se incluyen, dramatizados por la perspectiva escenográfica, todos los elementos que contribuían a confirmar la práctica universal de la lectura como pieza decisiva de la ideología del progreso.

El registro de los títulos consultados por los concurrentes a la sala de la biblioteca, y el de los que correspondía a préstamos a domicilio, sin embargo, no se correspondían enteramente con los supuestos de aquel marco ideológico. Una estadística que había seguido durante varios años el movimiento de libros indicaba que de 97.749 ejemplares solicitados, el 87% correspondía al género novela, 2% al capítulo general de las ciencias, 4% a historia, geografía y viajes. Los autores más leídos durante el año 1884 habían sido: Dumas (padre) con 2.372 lectores, Montepin 1.311, Pérez Escrich 995, Fernández y González 905, Paul de Kock 876, Verne 509, Balzac 486, María del Pilar Sinués 467, Ponson du Terrail 466, Gaboriau 367, Sue 333, Adolfo Belot 334, Alarcón 320, Pérez Galdós 319, Hugo 277, Selgas 229, Ohnet 214, De Amicis 146, Claretie 126, Dickens 118.

Tantos lectores de novelas habían conducido ya a un observador malhumorado como Sarmiento a establecer que, en términos relativos, los argentinos eran los más asiduos consumidores de novelas en el mundo, pero a suponer también, de acuerdo con el evolucionismo prevalente en las ideas científicas contemporáneas, que ese estadio de lectura, obviamente primitivo, sería seguido por otros de más elaborada naturaleza. Y la observación de Sarmiento le servirá a Martínez de oportunidad para ilustrar con sus propios ejemplos esa típica secuencia del optimismo determinista: detrás de Fernández González vendrán Dumas, o Dickens, o Verne, pasando después, "según la ley eterna de la progresión humana, de lo vulgar a lo serio, mejorando siempre el gusto, abarcando nuevos y vastos horizontes". Porque la novela, después de todo, tenía el mérito de crear hábitos de lectura.

La decisión metodológica de relacionar toda experiencia de lectura exclusivamente con el libro y la necesidad de imponer a esta unidad de medida distintos grados de rigor interfieren en este análisis con la voluntad manifiesta de dar cabida al creciente y cada vez más diversificado campo de la lectura popular. Pero el autor de *El movimiento intelectual argentino*, al privilegiar en última instancia aquellos criterios, no hacía sino actualizar la jerarquía de valores consagrada durante siglos por la cultura letrada, y ubicarse en una línea de conceptualización compartida por la inmensa mayoría de los que se identificaban así mismos como parte de esa cultura.

El 4 de enero de 1898 otra vez en *La Nación*, en un artículo anónimo titulado "El libro en la Argentina. Lo que se compra y lo que se desdeña", se volverán a utilizar estos criterios.³² Sólo que 11 años después parece no existir ya lugar para las interferencias de la ideología del progreso, en cualquiera de sus formas. "Los diarios acaparan todos los lectores —dicen—. El libro pierde terreno cada vez." Con este enunciado como premisa, el autor procederá a describir una situación en la que la extensión comprobada de un espacio saturado de lectores y de material impreso destinado a la lectura no hará sino revelar como patéticos el deterioro y el achicamiento del universo de cultura definido por la presencia y la circulación del libro.

En Buenos Aires sólo los diarios de aparición matutina ponían 120.000 ejemplares a disposición del público. Sin contarla tirada de semanarios y de revistas, se podía calcular en 200.000 el número de copias que la prensa ofrecía diariamente a los lectores de toda la República. Es decir 60.000.000 de copias en el año. El circuito del libro, sin tantas precisiones numéricas y sin base para ellas, se reconocía más bien por unas pocas cifras desarticuladas y a través del juicio de algunos conocedores. El autor transcribe la opinión de uno de estos expertos, sin identificarlo: en la Argentina, no comprendidos los lectores de diarios, podrán existir unos 15.000 lectores, de los cuales 10.000 consumen únicamente novelas y 5.000 alta literatura, ciencias, variedades y especialidades profesionales.

Un examen más detenido del movimiento de libros será anticipado con esta aclaración:

Claro que tendremos que referirnos casi exclusivamente a los libros extranjeros, pues de los argentinos poco o nada puede decirse, como que son escasos, siéndolo aún más sus lectores. Sólo de vez en cuando aparece uno, como a tentar fortuna, hace un poco de ruido, obtiene artículos o sueltos de los diarios, y luego cae en el silencio, queda uno que otro ejemplar en la biblioteca de algún aficionado y el resto en los depósitos de las librerías.

Aclaración pertinente que se incluye, sin embargo, en otros enunciados en los que la falta de aclaración indica, por lo menos, el estado de confusión que acompañaba a la práctica de privilegiar al libro como unidad de medida estable, en un proceso cultural de cambio. Y el estado de curiosa ignorancia por el cual el autor decidía negar que las manifestaciones anómalas o hipertróficas de ese proceso habían aclimatado ferazmente en suelo argentino.

La rama más importante del comercio de libros en la República es la de textos de enseñanza, sobre todo primaria, que abarca más del cincuenta por ciento de los negocios. Viene después la novela en general, que ha tomado incremento últimamente merced a la libre reproducción que en ediciones baratas e incorrectas se hace de las obras más propias para producir sensación —folletines dramático policiales en su mayoría— entre los cuales no es raro ver resucitar de nuevo a *Rocambole* que Javier de Montepin suministra en abundancia, y que por casualidad o por capricho, se ven mitigadas con alguna u otra obra verdaderamente literaria, de Zola, de Daudet o de Tolstoi.

Estas ediciones son copiosas, y como se hacen en mal papel, con pésima impresión y corrección, y no pesan sobre ella ni derechos de autor ni gastos de traducción, muchas

veces pueden venderse muy baratas; contribuyen también a su difusión el método de venta que no está limitada a las librerías, sino que hacen también los mercachifles que recorren la campaña, verdaderos colporteurs, que llevan un surtido de novelas, Secretarios, Llaves de los sueños, etc., etc.

Puede calcularse la venta anual de estas obras en unos cincuenta mil volúmenes por lo menos. Los editores especialistas, en efecto, no hacen impresiones de menos de dos mil o tres mil ejemplares, y el tipo general es el de diez mil, que venden en tres o cuatro años: por eso no se limitan a un número reducido de obras, pues su variedad facilita el negocio.

Esta valiosa descripción, reminiscente en algún sentido de las ofrecidas por los estudiosos de la cultura popular en Europa, desde el siglo XVII en adelante³³, no es propuesta, sin embargo, como ilustración de los avances de esa cultura en la Argentina, sin otra razón aparente que la de la inclusión de los nombres de Zola, Daudet o Tolstoi entre las listas que hacían al surtido de los vendedores ambulantes. ¿Y la omisión de toda referencia a autores argentinos en aquel torrente editorial que desbordaba el circuito tradicional de venta en librerías? Demasiado obvia como para considerarse un hueco casual de información en un cuadro, por lo demás, cuidadosamente elaborado. Ya en el informe de Martínez, de 1887, fue visible la exclusión de las obras de Hernández y de Gutiérrez del repertorio de éxitos de la época. Pero para 1898 eran ya decenas de autores y de títulos, millares y millares de ejemplares los que circulaban bajo los auspicios de una industria editorial incipiente, tan improvisada como astuta, tan rudimentaria como eficaz, tan desdeñosa y tan consciente de su propia naturaleza como para evitar los canales tradicionales de difusión e inventarse los propios: el quiosco callejero, los salones de lustrar, las barberías, las terminales de trenes, los escaparates de las ferias y, por supuesto, las valijas trashumantes del mercachifle, del *colporteur*, del que habla el autor de "El libro en la Argentina", sin hacerle la gracia de su papel de mediador vernáculo.

En última instancia, y en su descargo, debe recordarse que el articulista anónimo de *La Nación* no quería ocuparse particularmente de las perspectivas abiertas por la capacidad de lectura popular, de la expansión de la prensa periódica o de esa suerte de literatura menor que parecía nacer de la colisión de los otros dos fenómenos. Quería ocuparse del libro como índice de la dinámica cultural de la sociedad argentina, y esos índices se revelaron escasos y destituidos de cualquier capacidad de incidencia duradera en el medio. Poco que decir de los libros extranjeros, salvo clamar por la abusiva expropiación que sufrían de parte de ciertos editores locales, y por la dudosa incorporación de títulos consagrados en algunas colecciones de obras populares. Y menos que decir, todavía, de los libros argentinos, como lo recuerda la sombría advertencia anteriormente mencionada.

El testimonio de algunos escritores concurre a confirmar "la seriedad de esa situación depresiva. Rubén Darío vivió en Buenos Aires entre 1893 y 1898, y es un lugar común en la historia de la literatura reconocer esa etapa porteña como la etapa decisiva en la formulación de su proyecto poético. También es un lugar común aceptar la idea de que Darío fue recibido generosamente por los círculos intelectuales de Buenos Aires, y que la presunción de su genialidad fue suficiente tanto para alimentar el entusiasmo irrefrenable de muchos, como para neutralizar las previsibles resistencias de unos pocos al movimiento de renovación artística que representaba. Con todas estas excepcionales circunstancias a su favor, su confrontación personal con las realidades del circuito material de la cultura letrada fue crudamente reveladora. Años después, dirá en su *Autobiografía*:

Quando yo viví allí, publicar un libro era una obra magna, posible sólo a un Anchorena, a un Alvear, a un Santamarina: algo como comprar un automóvil, ahora, o un caballo de

carrera. Mis *Raros* aparecieron gracias a que pagaron la edición Ángel de Estrada y otros amigos; y *Prosas Profanas*, gracias a que hizo lo mismo otro amigo, Carlos Vega Belgrano. ¿Editores? Ninguno.³⁴

Iguales impresiones en Manuel Gálvez, sólo que sobre un segmento cronológico levemente corrido hacia los años iniciales de nuestro siglo:

Gracias a nuestros esfuerzos y sufrimientos, la situación del escritor es hoy tolerable en nuestro país. En aquellos tiempos heroicos de 1903 no había editores, ni público para los libros argentinos, ni diarios y revistas que pagasen las colaboraciones de los principiantes, ni premios municipales o de otra índole.

Sobre Lugones, el más discutido pero también el más prestigioso escritor argentino de esos años, recordará Gálvez, acaso con su punta de malignidad:

A Lugones lo admiraban algunos profesores normales, algunos masones y algunos liberales. Eso sí, sus admiradores eran fanáticos, catequistas y hasta agresivos. Pero insisto en afirmar que eran pocos, muy pocos. Los libros de Lugones fueron leídos por insignificantes minorías. Las ediciones eran reducidísimas y tardaron años en venderse. De *La guerra gaucha*, su mejor obra, se hicieron mil o mil quinientos ejemplares y no los compró el público, sino el Ministerio de Guerra, el de Instrucción Pública, el Consejo de Educación, que editó después varios de sus libros, y la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.³⁵

También Roberto F. Giusti, en *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, recordará el caso de Lugones como sintomático de la situación del escritor argentino. Una situación tan rutinariamente establecida como para que el mismo Giusti destaque el efecto de recepción logrado por la novela que Emma de la Barra publicó en 1905, bajo el seudónimo de César Duayen, como el efecto de una piedra caída sobre un espejo de aguas estancadas.³⁶ Según todos los indicios, *Stella* fue el mayor éxito editorial de la época, es decir el mayor éxito registrado en el circuito exclusivo y excluyente de las librerías tradicionales. Hugo Wast, testigo de esta suerte de conmoción doméstica en el mercado del libro, rescatará el episodio, casi 50 años después, en *Vocación de escritor. La conquista del público*:

El año anterior, de 1905, se había producido el éxito resonante de *Stella*, aquella hermosa novela editada por Arnaldo Moen, que apareció bajo el seudónimo de César Duayen. Todavía ahora, después de tantos años, recuerdan los viejos libreros el fenómeno del público que devoraba las pilas de ejemplares. Yo mismo vi pegada en el cristal de Moen una media cuartilla manuscrita que rezaba así: "Agotada en tres días la primera edición de 1.000 ejemplares".

*Nunca me olvidaré de la emoción que se apoderó de mí, tímido provinciano, que paseaba por la calle Florida, al leer aquello. Pensé en mi Alegre, que por esos días del invierno de 1905 yacía según mis sospechas, en el fondo del mar, y lamenté mi mala estrella.*³⁷

"Eso pareció fabuloso", había acotado Giusti a su propia versión del acontecimiento. Y debió de parecer fabuloso si se piensa que, con todas sus características de suceso parroquial, *Stella* introdujo una excepción en el único campo de actividades que parecía atravesar, inmutable, la tendencia general al crecimiento aparejada por el proceso de modernización. En 30 años, en efecto, entre 1880 y 1910, el circuito material de la cultura letrada había modificado apenas sus dimensiones y sus prácticas. Era como si más allá de las diferencias generacionales, de los procedimientos y recursos utilizados y de las expectativas interrogadas, Cané y Lugones, Cambaceres y Ángel Estrada, Miró y Joaquín V. González, pertenecieran al mismo momento cultural y hubieran sido leídos por el mismo público.

IV

La primera objetivación de la capacidad de lectura creada por las campañas de alfabetización, fuera de los ejemplos ilustrativos de la expansión de la prensa periódica, fue brindada por *El gaucho Martín Fierro*, un modesto volumen de 76 páginas, impreso en papel de diario, que agotó su primera edición en dos meses. Inserto en la tradición de la literatura gauchesca, el sistema expresivo que había desarrollado originales variantes desde los días en que Bartolomé Hidalgo probara la eficacia de sus fórmulas más ortodoxas (habla rural, verso octosilábico, mensaje político, rescate costumbrista), el texto de Hernández se propuso, en muchos sentidos, como la culminación y también como la saturación del sistema: registro extremo de un repertorio de signos y conversión del mensaje político en discurso social de resonancias humanísticas.

Es evidente que el texto de 1872 estaba dirigido a un público general, de incierta cualificación y volumen, pero compuesto, en todo caso, por eventuales lectores de la ciudad y de las áreas rurales. Dentro de la limitada experiencia disponible y sin pruebas a la mano de lo contrario, salvo las que pudieran provenir de los todavía desconfiables canteros de la instrucción pública, lo realista para Hernández fue suponer que aun un texto de esa naturaleza no podía desentenderse completamente del lector de las ciudades, sin contar con la obvia circunstancia de que sus connotaciones políticas y sociales sobreentendían una recepción y elaboración específicas por parte del lector urbano.³⁸ En la línea de compromiso trazada por el autor para cubrir este segundo frente de lectura se inscribirán entonces sus esfuerzos por explicar a su personaje, por hacer comprender las particularidades del habla y de la vida campesina.³⁹

De todas maneras, y salvo la benévola acogida que *El gaucho Martín Fierro* obtuvo entre algunos críticos y curiosos de la literatura, la respuesta efectiva al poema sería dada por el lector de las áreas rurales. Un año después de aparecido el folleto, un articulista del diario *La Tribuna* de Montevideo, en el mismo espacio de una nota anteriormente citada, afirmaba que el gusto por la lectura estaba "gratamente generalizado en todo el territorio de la República Argentina", y al distinguir la situación favorecida de la ciudad sobre la campaña en materia de estímulos culturales, se regocijaba en anticipar que la inclusión de libros como el de Hernández en las Bibliotecas Populares del campo revertiría, finalmente, esa injusta situación, ofreciendo para "el gaucho de nuestras llanuras" el alimento espiritual que otras tentativas pedagógicas no habían acertado a ofrecer.

Las Bibliotecas Populares, sin embargo, fueron desbordadas o, simplemente, evitadas por el fenómeno de recepción que acompañó a *El gaucho Martín Fierro*. Los 48.000 ejemplares del folleto, vendidos en los primeros seis años, indicaban en efecto una sustitución del esquema de lectura dirigista – formativo, sugerido por el articulista de *La Tribuna*, por un tipo de lectura de identificación absolutamente espontánea y contagiosa. Una experiencia que debió, seguramente, multiplicarse en los ruidos nocturnos de fogón y mate, en los corrillos de las pulperías y en cualquier ocasión en que un paisano mejor instruido fuera solicitado a entretener a la concurrencia con la lectura del poema de Hernández. Y una experiencia que, valga la paradoja, hasta pudo

prescindir del acto de lectura mismo, por el procedimiento de adjudicar a la simple tenencia del libro, "el papel que habla", ese carácter de representación mágico-simbólico que los primeros impresos parecieron asumir, a veces, entre la población campesina de Europa,⁴⁰

Establecido así el perfil del lector de las áreas rurales, no fue extraño, entonces, que Hernández organizara y presentara el texto de *La vuelta de Martín Fierro*, en 1879, a partir de esa evidencia. Sólo que esta evidencia no impidió que en sus expectativas siguiera contando con el hasta ahora remiso lector de las ciudades. En las "Cuatro palabras de conversación con los lectores", incluidas como prólogo a la edición de *La vuelta*, se advertirá una nueva y más precisa formulación de los términos de la dualidad anteriormente oculta bajo el enunciado de Público General. El poema está claramente dirigido al campesinado gaucho:

Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la literatura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas e interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha e íntima que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia.

Pero también al lector entrenado para aceptar el desafío de códigos expresivos complejos, y que podía, por inadvertencia, considerar que las concesiones veristas del poema valían como el reconocimiento de su condición de objeto destituido de arte:

En cuanto a la parte literaria, sólo diré que no se debe perder de vista al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré, que muchos defectos están allí con el objeto de hacer más evidente y clara la imitación de los que lo son en realidad.

De hecho, la conciencia artística o, si se prefiere, la conciencia de controlar las articulaciones y el ritmo específico del trabajo de escritura, se manifestó con más intensidad en la Segunda que en la Primera Parte, como si en el largo proceso de decantación que condujo a la redacción de *La vuelta*, esa conciencia hubiera jugado un rol predominante. A lo que vino a agregarse el cuidado tipográfico y la excelencia de las 10 láminas a la piedra dibujadas por Carlos Clerice, que aseguraban a la edición, en palabras de Hernández, "las más aventajadas condiciones artísticas", la modernidad y la prestancia física de que carecía el folleto en el que fue presentado *El gaucho Martín Fierro*.⁴¹

Por lo demás, importa recordar que Hernández se había afincado por entonces en Buenos Aires, admitiendo, en la práctica, un pacto de convivencia con los grupos dirigentes que había combatido la mayor parte de su vida. Se había hecho propietario de la conocida Librería del Plata, lo que le aseguraba una plataforma operativa nada desdeñable para diseñar y proseguir los componentes de cualquier proyecto editorial, y lejos de ser un extraño en la ciudad gozaba de la visibilidad que la política y el periodismo solían atraer sobre sus cultores más empeñosos. Y de la visibilidad que, por otro conducto, proveía su condición de autor de *El gaucho Martín Fierro*, por limitada que hubiera sido la repercusión del poema en la ciudad, y por insólita, extravagante o incomprensible que pareciera la que había obtenido y seguía obteniendo en la campaña romántica, asimilada por Hernández, de que una literatura nacional sólo es concebible si se corresponde con una lectura de alcances nacionales.

No puede decirse que todos los cálculos y cuidados que acompañaron a la excepcional edición de *La vuelta* fueran ni erróneos ni prematuros. Los hechos, sin

embargo, se resistieron a las hipótesis de Hernández con variado grado de intensidad. Otra vez el grueso de los ejemplares fue absorbido por las áreas rurales. Otra vez algunos críticos y curiosos de la literatura se mostraron comprensivos y hasta generosos con su empeño. Otra vez el lector urbano se abstuvo, reservando sus chances.⁴²

En el mismo año de la aparición de *La vuelta*, el *Anuario Bibliográfico* . incluyó una reseña escueta de su contenido, pero en otro lugar de la revista, en el comentario sobre *Flor de un día y Espinas de una flor*, las muy difundidas piezas del comediógrafo español Francisco Compadrón, el crítico dice:

*Son tan populares estos dramas entre la gente compadrita de la ciudad, como los versos de Martín Fierro en la campaña. La gente de color los tiene de exclusivo repertorio para sus representaciones de aficionados. ...Esta profana vulgarización de dos dramas que no carecen de belleza en medio de sus muchos defectos, los ha acabado de alejar de la parte culta de la ciudad, incrustándolos en la vida bulliciosa de la gente de clase, como se titula por antonomasia.*⁴³

Este juicio de valor homologa los conceptos de popularidad y vulgarización; traza un neto distingo entre dos niveles de cultura y establece la connotación social de esos niveles. Es en la población negra de los suburbios de Buenos Aires y entre los gauchos de la campaña donde prosperan ciertas formas de vulgarización literaria. Es en "la parte culta de la ciudad" (sector cuya connotación social no se indica porque seguramente se sobreentiende en el círculo de lectores del *Anuario*), donde se producen y estiman las formas literarias artísticas.

La categorización, sin duda, es discutible, pero los elementos descriptivos que incluye, no. Para 1879, aun después de *La vuelta*, la obra de Hernández carecía de presencia urbana para un observador profesional como lo era el redactor del *Anuario*. Para ese mismo observador, por lo contrario, en los años inmediatamente posteriores a la edición de *La vuelta*, se producían inquietantes señales en el campo de lectura identificable como popular urbano, y profundas modificaciones en la geografía y en la connotación social de sus niveles.

La enumeración de todos estos antecedentes apunta a explicar el gesto de confianza con que Hernández decidió hacer imprimir nada menos que 20.000 ejemplares de la primera edición de *La vuelta de Martín Fierro*, dispuestos en 5 tandas de 4.000 ejemplares cada una. En la dirección de ese gesto, el libro salía presumiblemente bien concertado para servir de lugar de encuentro a los dos frentes de lectura, para hacer camino en la ciudad como en el campo, ilustrando la idea.

V

En el segundo número del *Anuario Bibliográfico*, el que corresponde a las reseñas bibliográficas del año 1880, se da cuenta de la publicación de 4 obras de Eduardo Gutiérrez: *Juan Moreira*, *El jorobado*, *El tigre de Quequén* y *Juan Cuello*. Un solo comentario, breve y tajante, engloba a los 4 títulos:

No caben dos opiniones sobre estos vulgares folletines: es la literatura más perniciosa y malsana que se ha producido en el país, la única digna, si hubo alguna, del famoso timbre especial con que a indicación de M. de Riancey, la Asamblea Legislativa recargó el

*porte de los diarios franceses en cuyas páginas figuraba el monstre roman-feuilleton.*⁴⁴

Seis años después, sin embargo, la desdeñosa brevedad de ese comentario cederá lugar a una encrespada página en la que la indignación y la alarma parecen disputarse cada uno de sus términos. Es que en el balance bibliográfico del año, sobre un total de 58 obras de autores argentinos, 16 pertenecían a Eduardo Gutiérrez. Su *Juan Moreira* alcanzaba ese año la cuarta edición; la tercera, *Juan Cuello* y *El jorobado*. Los otros títulos: *Cario Lanza*, *Antonio Larrea*, *Los grandes ladrones*, *Dominga Rivadavia*, *El tigre de Quequén*, *Juan sin Patria*, *El Chacho*, *Los montoneros*, *Santos Vega*, *Los hermanos Barrientos*, *Pastor Luna*, *Ignacio Monges*, *Croquis y siluetas militares* registraban, salvo para el último caso, una primera edición a cargo de N. Tommasi, aunque la mayoría de ellos habían sido impresos anteriormente bajo el sello de "La Patria Argentina".

En números anteriores del *Anuario* hemos tenido ocasión de anunciar algunas de estas novelas que han merecido los honores de varias ediciones. En las nuevas, como en las anteriores, siguen codeándose todas las categorías de la canalla, el asesino vulgar, el ladrón de alta escuela, el presidiario escapado, en una palabra, todos los que han nacido para ocupar una celda en la penitenciaría, y que sólo por una neurosis literaria incomprensible pueden resucitar como personajes de novela. El estilo marcha de vulgaridad en vulgaridad..., repleto de un vocabulario recogido en los corrales y enriquecido en los conventillos y en las cárceles. El escenario es también vulgar: en el campo, la pulpería llena de borrachos, y en la ciudad el caño del *atorrante* o alguna guarida de pillos tan honesta como ésta. Si por casualidad el autor quiere darnos una excepción que confirme la regla, poniendo en acción a Santos Vega, el héroe de la pampa cantado por Ascasubi, su funesta manía acaba por degradarlo, presentándolo como a todos sus protagonistas, ebrio, ladrón y asesino.

*Es lástima que un autor que ha conseguido popularizar entre nosotros novelas que por su género se hallan destinadas a fortalecer el amor patrio, consiga, por lo contrario, revelarnos la filosofía del presidio.*⁴⁵

Con toda la virulencia del desahogo, éste no debió de ser suficiente para traer sosiego al ánimo del comentarista. Además de los 16 libros de Gutiérrez, otros 4 escapaban a las características que el redactor del *Anuario* presumía en un texto literario: *El payador porteño*, de Faustino Díaz; *Dos payadores de contrapunto*, de autor anónimo; *Colección de cantares y Cantares criollos*, de Gabino Ezeiza. Ninguno de ellos merecía la condena moral que reclamaba cualquiera de las novelas de Gutiérrez, pero todos eran claramente sospechosos de vulgarizar las formas literarias, medrando, casi siempre, con la facilidad demagógica de los aires campesinos.

Dos títulos, por último, parecían estar más allá de la simple sospecha de vulgarización: *Los amores de Giacumina per il hico dil dueño di la Fundita dil Pacarito*, y *Enriqueta la criolla. So historia, escribida pe il mimo dueño di la Zapatería di los Anquelitos*. Del primero dirá el comentarista, lacónicamente: "Groseras imbecilidades escritas imitando la manera como hablan el español algunos italianos". Y del segundo: "Sandeces de la misma manera que *Los amores de Giacumina*".

El número de obras (22 sobre 58), la cantidad de ediciones, el formato y presentación de las mismas, la índole predominante de los asuntos propuestos, la diversidad del lenguaje y la heterodoxia de los recursos ensayados señalaban, en el año bibliográfico de 1886, la aparición casi súbita de un tipo de producción literaria y de un aparato editorial destinados a satisfacer un espectro de lectura tan amplio como notoriamente diversificado, índice pero no réplica exacta del espectro de población de Buenos Aires, con la incorporación masiva de extranjeros, la lenta asimilación de las corrientes migratorias internas y el tumultuoso juego de localizaciones previsible, pero no

previsto, en ese escenario de más en más cosmopolita.

A mediados de la década, obras como *Los amores de Giacumina* y *Enriqueta la criolla* eran más un síntoma de la presencia del inmigrante que un modo de verificación. La primera, publicada originalmente en Montevideo y atribuida a Ramón Romero, emplea en toda la extensión del relato la jerga ítalo-española, o el remedo de la jerga con que los inmigrantes ejercitaban su acceso a la comunidad lingüística del español. Giacumina y sus padres son, por supuesto, italianos radicados en La Boca, pero ni estas circunstancias, ni el instrumento verbal que controla el relato tienen que ver con la experiencia de la inmigración, en cualquiera de sus aspectos. Son el contexto gracioso de una historia que se supone graciosa, sexualmente atrevida y socialmente desconsiderada.

Es probable que estos elementos de escándalo y la audacia de incluir —con cierta violencia de la cronología interna— al propio Sarmiento, en su función de presidente de la República en ejercicio, como uno de los cortejantes desairadamente rechazados por Giacumina hayan contribuido a asegurarle al libro, además de una dilatada acogida popular, una atención en el ámbito de la cultura letrada menos desdeñable de lo que puede desprenderse del juicio condenatorio del *Anuario*. Al menos, esto es lo que parece sugerir el escrutinio de novelas hispanoamericanas que Rubén Darío se propuso en 1898, y su enigmática conclusión. El poeta, como se sabe, después de rechazar el sirope de *María* y el pan salado de *Amalia*, después de separar del lote de buenas intenciones y fracasos a los nombres de Cambaceres y Martel, acabará concediendo: "El resto, si queréis, quemadlo; pero si al echar el montón al fuego encontráis *Los amores de Giacumina*, os pido que me lo remitáis".⁴⁶

La hija de Giacumina y *Enriqueta la criolla*, ambas publicadas en 1886, fueron la consecuencia inmediata del éxito de *Los amores de Giacumina*. Y también la revelación de los términos de clausura de un potencial de desarrollo demasiado estrecho para convertirse en serie. Hubo reediciones, refritos, pero no específicamente secuelas de *Giacumina* y *Enriqueta*, y hasta avanzados los primeros años de este siglo aquéllas aparecían con cierta regularidad.⁴⁷

De los 16 textos publicados por Gutiérrez hasta 1886, no todos estaban destinados, por cierto, a perdurar más allá del efecto de novedad con el que buscaron persuadir a sus lectores. Algunos, como *Antonio Larrea*, *El jorobado*, *Los grandes ladrones*, *Cario Lanza*, eran un complemento libremente ficcionalizado de la información provista por la prensa sobre hechos que, en su momento, habían conmovido a la opinión pública. Y no aspiraban, o no podían aspirar, a sobrevivir a la vigencia derivada del impacto de esa información. Otros, como *El Chacho* y *Los montoneros*, por lo contrario no apelaban al efecto de novedad sino al de ratificación de ciertos signos de un repertorio histórico familiar, pero al hacerlo reducían el universo de sus lectores al número de los que, efectivamente, podían vincularse con ese tipo de experiencia. En cambio, *Juan Moreira*, *Juan Cuello*, *Pastor Luna*, *El tigre de Quequén*, *Santos Vega* (y *Hormiga negra* no incluido en la lista del *Anuario*), es decir los textos centrados en la ficcionalización de historias o de supuestas historias de gauchos perseguidos por la justicia, segregaron de sí mismos los componentes de un imaginario colectivo en el que las mediaciones con el mundo real o con el pasado histórico podían ser suspendidas o combinadas arbitrariamente en beneficio de la consistencia del espacio ganado por ese imaginario colectivo.

La impresionante repercusión de este bloque de novelas, junto con la fácil acogida que empezaban a recibir por entonces obras como las cuatro mencionadas en la reseña del *Anuario* (*El payador porteño*, *Dos payadores de contrapunto*, *Colección de*

canciones y Cantares criollos), enfatiza la fuerte inclinación del lector urbano por una determinada versión de un mundo campesino relativamente próximo. Que esta inclinación, lejos de constituir una tendencia pasajera, se expandiera y se afirmara a través de un segmento temporal de casi tres décadas, y en un ámbito social dinamizado por agudas líneas de confrontación, ilustra sobre la complejidad del fenómeno cultural de que forma parte el criollismo populista literario y abre cierto crédito sobre la idoneidad de las estructuras materiales y los recursos que hicieron posible la plasmación duradera de dicho fenómeno.

Juan Moreira, Juan Cuello, Hormiga Negra, El tigre de Quequén y Santos Vega, las más exitosas de las novelas gauchescas de Gutiérrez, fueron inicialmente publicadas como folletín en el diario *La Patria Argentina*, circunstancia nada casual que sugiere que la prensa periódica, aglutinadora primordial de los nuevos contingentes de lectores, fue también el puente de derivación para otras formas de lectura. Todos ellos fueron inmediatamente publicados como libros por el sello editorial del mismo diario, desprendiéndose de esta manera de su circuito de comunicación de origen, para establecer tentativamente las direcciones de uno propio.

Durante los primeros 4 años, a partir de 1879, *La Patria Argentina* administró la dirección de ese proceso, pero, desde 1886, la presencia de otros editores y en particular la de Natalio Tommasi y de Luis Maucci, indicó tanto la necesidad de un ensanchamiento del circuito de distribución de las novelas de Gutiérrez como el cálculo de los beneficios que podían derivarse de ese ensanchamiento si el mismo era conducido en términos empresariales y de éxito comercial.

En la práctica, lo que estos editores resolvieron fue incluir el grueso de la producción literaria de Gutiérrez en el mismo circuito que difundía las traducciones de los folletines franceses en boga, las novelas de Fernández y González y Pérez Escrich, y hasta algunos títulos célebres de Tolstoi o Zola, convenientemente uniformados por la disposición gráfica de los volúmenes, las llamativas carátulas y los bajos precios de venta. Basta recordar la descripción propuesta por el autor del artículo, "El libro en la Argentina. Lo que se compra y lo que se desdeña", para deducir el tipo y la magnitud de la difusión aseguradas a la obra de Gutiérrez a partir de su inclusión en ese circuito. Y no se considere abusivo mencionar para el caso una descripción que silencia, precisamente, el nombre de Gutiérrez, porque la simple consulta de las listas de libros ofrecidas por aquellas editoriales, la compulsión de diversos volúmenes de esas colecciones, y el testimonio de los contemporáneos sobran para entender el silencio del articulista como un acto de censura cultural y no como un acto de comprobación.

Muchos, de diversas maneras, comentaron la fortuna editorial de varias de las novelas de Gutiérrez, pero no se conocen con precisión ni el número de ediciones, ni la tirada de las mismas, a diferencia de lo que había ocurrido, al menos durante los primeros años, con *El gaucho Martín Fierro* y *La vuelta*. En 1902, sin embargo, Ernesto Quesada, que había acumulado una apreciable cantidad de materiales para fundamentar su estudio sobre *El "criollismo" en la literatura argentina*, podía afirmar que "las obras de Eduardo Gutiérrez se han vendido —y se siguen vendiendo— con tal profusión, que han dejado atrás los famosos 62.000 ejemplares del *Martín Fierro*".⁴⁸

Por supuesto, es posible siempre señalar los más variados componentes en la anatomía de todo suceso editorial, y en el éxito de Gutiérrez, además de los componentes que intentaremos distinguir en el examen particular de *Juan Moreira*, debe computarse el del fulminante entusiasmo con que fue recibida la versión teatral de la novela, desde su representación inicial como pantomima en Buenos Aires en 1884, hasta las inagotables representaciones que siguieron a la primera "hablada" en un circo

de Chivilcoy en 1886. El texto utilizado en esta oportunidad, tal como fue transmitido por el actor que encarnaba al personaje de Moreira, José Podestá, es básicamente un libreto de apoyatura a un espectáculo eminentemente visual. El libreto, inspirado en las líneas de acción de la novela, fue por lo demás elaborado por el propio Podestá, sin intervención alguna de Gutiérrez, por lo que el conjunto de la experiencia debe juzgarse en rigor con un considerable margen de autonomía respecto del relato original.⁴⁹ Para los contemporáneos, sin embargo, la consistencia de ese margen de autonomía debió de ser apenas perceptible, y el acto de lectura y el de recepción del espectáculo debieron de cruzarse y alimentarse recíprocamente, como parte de un mismo fenómeno.

Para la novela, la recepción del drama *Juan Moreira* implicó, entonces, una corriente suplementaria de lectores. Y para Gutiérrez, indirectamente, una atención más cuidadosa de parte de intelectuales y público de los sectores letrados, que habían desdeñado la novela, pero que parecían ahora francamente impresionados por la posibilidad de que en el colorido espectáculo ofrecido por los hermanos Podestá se encontraran los signos fundadores de un auténtico teatro nacional. Así lo registra Carlos Olivera, en la vibrante entrega escrita para *El Diario*, en 1885:

Se anuncia, en cambio, la pantomima *Juan Moreira*. La mayoría de los diarios hace el vacío alrededor del suceso. Sé ha reído de *Juan Moreira*, novela, se continúa riendo de *Juan Moreira* pantomima. Sé dice "cosa para la plebe", pero la novela hace el éxito de un diario y se vende a miles de ejemplares en la ciudad y en la campaña; el autor, antes pobre como una araña, compra casa; y la pantomima atrae inacabable cadena de espectadores de circo.

...Se dirá que la concurrencia que gusta de *Juan Moreira* está separada por un abismo de la que gusta de *Ótelo* o de *Hugonotes*; no lo negamos; se dirá que la pantomima en cuestión, producto inferior para espectadores inferiores, es simplemente una *guazada* que no puede jamás representar el gusto de la gente culta de Buenos Aires; tampoco lo negamos, Pero mantenemos que es indiscutible que ella ha llenado las aspiraciones literarias de la multitud; que esta multitud forma parte del público, y por consiguiente hay que tener en cuenta sus movimientos. *Juan Moreira*, drama, ha vencido en el teatro como ha vencido en los folletines a las novelas que han tratado de hacerle concurrencia.

Hemos principiado por el circo, pero en fin, hemos principiado.⁵⁰

Puede suponerse, con buenas razones, que no era sobre este aspecto derivado de su producción como Gutiérrez esperaba la atención del público culto, y de hecho, parece no haber asistido a ninguna de las numerosas representaciones del drama ofrecidas en Buenos Aires hasta el año de su muerte, en 1889. Pero esta atención, sustento de un eje polémico que llegó hasta los primeros años de este siglo, muestra que en la rígida separación de niveles de cultura indicada por Olivera se producían, con todo, interrupciones esporádicas, puntos de contacto por lo que podían transitar tanto la información necesaria como la imagen de un espacio de cultura devuelta por la superficie especular del otro.⁵¹

La adhesión de las mayorías y el éxito económico, desarrollos extremos de algunos supuestos de la democracia burguesa, son vistos por Olivera, a través de la imagen devuelta por el suceso de Gutiérrez, como las carencias fundamentales del arte y la literatura producidas en el espacio de la cultura letrada. Así como la carencia de las credenciales de prestigio otorgadas en este espacio será íntimamente resentida por Gutiérrez y por muchos de los que lograron con sus obras un amplio concurso de lectores.

Esta última referencia retoma uno de los datos registrados en el informe del *Anuario* para el año bibliográfico de 1886 y nos introduce en el examen de un aspecto poco

frecuentado y menos conocido, de la literatura escrita y distribuida fuera de los circuitos tradicionales de la cultura letrada. Porque, en efecto, si bien los libros de Gutiérrez y en particular sus novelas gauchescas dominaron los nuevos circuitos hasta el punto de asumir la inequívoca representación de los mismos, ni estuvieron solos en el origen de esos circuitos, ni cubrieron todas sus variedades expresivas. Los cuatro volúmenes de canciones y payadas de contrapunto, citados en el *Anuario*, respiran de la misma atmósfera de atracción por las formas de la vida campesina que se respira en los textos de Gutiérrez, pero traducen esa atmósfera en una práctica distinta.

Para empezar, la opción por los modos de versificación atribuidos, con mayor o menor laxitud, a los cantores y payadores campesinos implicaba, desde luego, un acto de lectura menos exigente del requerido por la prosa de Gutiérrez, y este acto de lectura podía —y se esperaba que pudiera— transformarse en recitado, en entonación melódica, en canción acompañada de un fondo corroborador de guitarras, capaz de convertir la ocasión en una fuerte vivencia social del mundo campesino, tan directa y emocional como la que podía brindar la representación de un drama criollo, aunque más espontánea, más librada a la decisión del individuo o del grupo.

Los textos de estas colecciones no sumaban, por regla general, más de 32 páginas del formato en el que se imprimió la primera edición de *El gaucho Martín Fierro*, por lo que el costo de cada ejemplar, aun sin tomar en cuenta la incidencia potencial de la tirada, debió de ser notoriamente más bajo que el de los volúmenes de 200 y 300 páginas en que se editaban las novelas de Gutiérrez. Y estas colecciones, por último, no estuvieron limitadas, como pudiera sugerir la presencia de los cuatro folletos comentados por el *Anuario*, a recopilar canciones o payadas de contrapunto, sino que estuvieron abiertas, sin abandonar casi nunca el respeto canónico por los modos de versificación gauchescos, al relato de historias y acontecimientos vinculados primordialmente, pero no exclusivamente, al universo marcado por la lengua de articulación. En esta segunda vertiente, muchos de los textos versificados que empezaron a publicarse desde mediados del 80 podrían comprenderse en los términos descriptivos de la llamada *literatura de cordel*, difundida en España durante los siglos XVII y XIX, y curiosamente difundida en nuestros días, en algunas regiones de Brasil.⁵² Ya en el último año de edición del *Anuario*, al comentar las novedades bibliográficas de 1887, el redactor señalará por lo menos cuatro títulos debidos a un mismo autor, Sebastián Berón, que muestran un registro más amplio de esta variante literaria del criollismo, la existencia de autores ya firmemente consagrados a su cultivo y el vigor del aparato editorial que la sostenía. Los comentarios del redactor, malhumorados y unilaterales como siempre contribuyen, sin embargo, a reforzar las líneas de información explícitas. Del primero de los títulos, *Décimas variadas para cantar con guitarra*, dirá: "Para cantar con guitarra... está todo dicho"; del segundo, *El tigre del desierto*: "La carátula da una idea de la obra; un gendarme de policía rural muere atravesado por un facón; dos más están tendidos en el suelo, y otro espera que le llegue el turno"; de la tercera edición de *El gaucho Pancho Bravo*: "Versos gauchescos; está todo dicho"; y del último volumen, *El hijo de Pancho Bravo. Relación criolla*: "Malísimo, como todo poema gauchesco de los que hoy aparecen por docenas, explotando el pésimo gusto del público grueso".

La mención de los tres volúmenes de relatos en verso y la mención de la fortuna editorial de los mismos indican que el atractivo de las historias de gauchos perseguidos o rebeldes, con una tradición propia recorrida por los textos de Ascasubi, Lussich y Hernández, florecía ahora en retoños algo más que modestos y distanciados de la matriz originaria, aunque, en todo caso, independientes todavía de los cañamazos narrativos

propuestos por Gutiérrez. Antes de finalizar la década, sin embargo, la seducción de *Juan Moreira* y de los otros héroes del novelista será tan intensa que la mayoría de los versificadores, incluyendo al prolífico Sebastián Berón, se limitará a recontar sus peripecias.

VI

La interrupción definitiva del *Anuario Bibliográfico* interrumpió también, definitivamente, el único registro que un órgano de la cultura letrada dispusiera para el censo de la literatura popular.

Sin ese registro, la presencia de esta literatura se percibe, a partir de 1887, más por sus efectos de provocación sobre la literatura culta y por su poder de penetración en las costumbres, que por la manifestación física de su circuito de producción y de lectura. Ya en 1902, cuando Ernesto Quesada en el libro anteriormente citado informa sobre la existencia de numerosas colecciones, de abultadas tiradas y de grupos profesionales de escritores y editores dedicados exclusivamente a alimentar esa vertiente literaria, el informe valió para algunos lectores como una auténtica revelación. Y no, por supuesto, porque esos coloridos folletos no estuvieran a la vista y al alcance de todo el mundo, sino porque su exclusión sistemática de todo repertorio bibliográfico los había convertido de hecho, para esos lectores, en una especie inexistente. Los artículos publicados por *La Nación* en 1887 y 1898, respectivamente, utilizaron ese sistema de exclusiones, como lo utilizaron los funcionarios responsables de las compras de libros para las bibliotecas públicas, si nos atenemos al primero de esos artículos y a la experiencia de cualquiera que haya frecuentado, o frecuente todavía, los ficheros de esas bibliotecas.

Los mismos interesados en asegurar la consistencia y la visibilidad de esta vertiente literaria no buscaron o no pudieron, por lo demás, establecer su propio sistema de registro. Y si a todas estas circunstancias se agregan la condición fácilmente perecedera de los modestos impresos y la precariedad de su aparato de distribución (quioscos, puestos de feria, vendedores ambulantes) se concluirá en que el conjunto de la experiencia parecía destinado a cumplir las diversas etapas de su ciclo biológico, sin dejar prácticamente huella de las mismas.

Que este destino no se cumpliera en términos absolutos se debe a la curiosidad de algunos contemporáneos. Roberto Lehmann-Nitsche, profesor alemán contratado por la Universidad de La Plata entre los años 1897-1930, para dictar cursos de antropología, fue uno de esos contemporáneos curiosos, y gracias a sus empeños de coleccionista se dispone hoy de un repertorio suficientemente representativo de la literatura popular escrita en el deslinde de los siglos XIX y XX. Después de jubilarse, Lehmann-Nitsche regresó a Alemania y allí dispuso que su biblioteca particular, rica en materiales de ilustración sobre la cultura popular argentina, pasara a integrar los fondos del Instituto Ibero Americano de la ciudad de Berlín. El propio coleccionista reunió, bajo el nombre de "Biblioteca Criolla", alrededor de un millar de impresos relacionados con la vertiente literaria del criollismo populista o, al menos, ése es el número que logró sobrevivir a las terribles circunstancias padecidas por la ciudad de Berlín en las etapas finales de la Segunda Guerra Mundial.⁵³

No todos los impresos de la colección valen para los propósitos y la cronología del presente trabajo. Lehmann-Nitsche incluyó, por ejemplo, numerosos cancioneros chilenos, peruanos y bolivianos que parecen responder a una perspectiva comparativista, no explicitada en todo caso por el compilador. Incluyó también varias decenas de folletos que tienen que ver con su condición de observador tardío del fenómeno criollista en la Argentina, pero que no representaban ya sino la supervivencia lánguida y repetitiva, aunque todavía exitosa, del mismo fenómeno.⁵⁴

Dio cabida, igualmente, en su "Biblioteca Criolla", a una buena cantidad de impresos aparentemente extraños a su patrocinio, pero que lo merecieron, sin duda, como confirmación de la regularidad con que el término "criollo", sobre todo a partir de los años noventa, podía ser utilizado como equivalente del término "popular". La contaminación semántica se inició, seguramente, con la admisión generalizada de que toda expresión que se tildara de criolla era, necesariamente, popular. La inversión de las premisas, sin embargo, debió recorrer caminos más complejos y situarse en diferentes niveles para cerrar el mismo círculo de identificación. Para los cultivadores estrictos del criollismo literario, el pasaje de una a otra calificación, en las dos direcciones, debió de actuar como la certeza de que los textos criollistas impregnaban la totalidad del fracturado espectro de los sectores populares. Para los simples especuladores, como la oportunidad de beneficiar a sus productos con la suma de los dos términos más vendedores del mercado editorial. Para algunos ideólogos y propagandistas políticos, como el valor asumido de que los mensajes dirigidos al pueblo se dirigían —debían dirigirse— a un pueblo criollo.

En la "Biblioteca Criolla" se encuentran, entonces, todos los títulos que presumiblemente se podrían encontrar bajo ese enunciado, pero también cancioneros anarquistas, denuncias de la situación social, relación de sucesos políticos, historias anticlericales y versos amatorios o picarescos de subida intención. A veces, la marcación criollista de estos impresos parece forzada por su simple inclusión en repertorios efectivamente consagrados a aquella práctica literaria, o por la circunstancia de que su autor fuera bien conocido por sus otros aportes a la literatura criollista, o por el uso de un lenguaje y de un tipo de versificación vagamente asimilables a los atribuidos a las formas expresivas gauchescas. A veces, sin embargo, la marcación criollista no existe en absoluto y el sentido de pertenencia a la Biblioteca parece depender enteramente del presunto carácter popular del impreso.⁵⁵

Si se excluyen del cómputo todos los folletos que sólo por contaminación semántica y el efecto de diversos tipos de interpretación fueron considerados criollistas en su momento, y todos los que fueron escritos y difundidos después de avanzada la segunda década de este siglo, la colección de Lehmann-Nitsche se estrecha a unos 500 títulos, cifra necesariamente imprecisa que quiere dar fe de la dificultad o de la imposibilidad de afinar reparos conceptuales y líneas cronológicas en su listado.

Así delimitado, este caudal ofrece una generosa información sobre el estado de la literatura criollista durante la última década del siglo XIX y la primera del XX. No sorprendentemente, registra muy pocos ejemplares impresos antes del año 1890, señal de que cuando Lehmann-Nitsche inició su trabajo de recopilación, la mayoría de ellos había, literalmente, desaparecido. Es esta laguna la que vuelve particularmente valiosa la información provista por el *Anuario Bibliográfico* hasta 1887, y es esta información la que nos permite introducirnos con familiaridad en la etapa de florecimiento del criollismo populista, reconocer en ella las viejas direcciones, advertir las nuevas y comprobar, por contraste, las magnitudes logradas por el circuito de producción y, difusión de su literatura.

En la vieja dirección y con el mismo carácter de textos numéricamente predominantes, se ubican los cancioneros: las "décimas para cantar con guitarras", las "vidalitas", las "milongas", los "cantos de contrapunto". También se mantienen las historias versificadas de gauchos levantiscos, aunque a los nombres acuñados por Sebastián Berón a mediados del ochenta se agregan ahora, en proporción creciente, los de los protagonistas de las novelas gauchescas de Gutiérrez y, novedad aun más curiosa, el nombre del personaje creado por Hernández.

La colección contiene trece ejemplares de ediciones diversas de *Juan Moreira*, 9 de *Santos Vega*, 7 de *Juan Cuello*, 7 de *Martín Fierro* y un número menor de *Hormiga Negra*, *Pastor Luna*, *Los hermanos Barrientos* y *El tigre de Quequén*. El que pocos años después de la muerte de su autor el *Martín Fierro* pudiera ser sometido a un segundo proceso de versificación y ajustado a las características convencionales de las otras historias de gauchos levantiscos indica tanto el contagioso poder de plasmación de esas historias, como la evidente erosión producida sobre la imagen originaria del poema por los componentes de un nuevo habitat cultural.

En una dirección distinta, claramente indicadora de la consolidación de un público urbano, la "Biblioteca Criolla" registra la presencia de *Cocoliche*, el personaje incorporado por puro azar al enorme suceso teatral de *Juan Moreira*, estereotipo paródico del inmigrante italiano acriollado que se convirtió, de inmediato, en personaje popular con perfil propio.⁵⁶ José Corrado Estroface, el actor que lo representaba en escena con más aplauso, recibió en 1897 una "Estrella de oro" otorgada por el diario *La Prensa*, con esta recomendación: "En sus papeles favoritos, que son aquellos en que personifica al napolitano que ridiculiza las costumbres gauchescas y se quiere poner al nivel del más criollo de nuestros paisanos, puede asegurarse sin exageración alguna que es el único e inimitable intérprete". Por lo que puede inferirse del mismo impreso que recoge esta información, el actor recorría por entonces diversas ciudades del país recitando exclusivamente textos escritos para su personaje. Los recogió, en 1901, en un folleto titulado *El nuevo libro de canciones napolitanas y criollas, del popular napolitano criollo Don José Corrado Estroface*. También fechados en los años iniciales de nuestro siglo, Lehmann-Nitsche encontró los siguientes folletos: *Nuevas canciones del napolitano Cocoliche*, *Los amores de Cocoliche con una gallega*, *Amores de Cocoliche*, *Cocoliche en carnaval*, *Nuevas canciones de Cocoliche* y *El Cocoliche. Décimas napolitanas criollas para el carnaval*.

Importa destacar que los últimos títulos, al delimitar su función de textos condicionados para ciertos modos de representación colectiva, se sitúan a un nivel de experiencia próximo al que se había reconocido a las "canciones para cantar con guitarra"; y que el efecto de multiplicación de lecturas por cada ejemplar impreso, aunque imposible de medir en la práctica, debe tomarse como hipótesis de trabajo necesaria para describir la red de comunicaciones que hizo posible la saturación social del fenómeno criollista.

Menos colorido, acaso, que el ingreso de *Cocoliche* al ámbito de la cultura popular, el ingreso de *El canfinflero* y *El malevo* venía también a traducir la creciente presión de un paisaje urbano que buscaba reflejarse a sí mismo. Si *Cocoliche*, al aceptar como auténticos los modelos de nacionalidad propuestos por la literatura criollista, parodiaba el urgente deseo de asimilación del inmigrante italiano de las ciudades, los nuevos personajes parodiaban también un pasaje de asimilación al asumir el pintoresco trastrueque de los signos con que algunos campesinos forzaban su voluntad de instalarse en los suburbios: gestos de gaucho alzado, a la manera de Moreira; ropas y lenguaje críptico, a la manera de los viejos patrones de la esquina. Dos ediciones de Los

canfinfleros o *Los amantes del día*; dos de *El moderno canfinflero*; tres de *Cuentos del tío* y una de *El canfinflero*. "*Las paicas*" y "*El malevo*" permiten situar a la galería de personajes en la "Biblioteca Criolla". En el último de los folletos, la primera estrofa mezcla con descuido, pero sin error de bulto, todas las caracterizaciones: "Las paicas y el canfinflero / son tipos tan populares, / como el *moreira* malevo / terror de nuestras ciudades".

Indicados así los compartimientos y los nudos de atracción que tienden a agrupar a los impresos de la colección Lehmann-Nitsche, parecerá oportuno liberar a continuación los datos que los mismos impresos retienen sobre las modalidades del trabajo autoral y sobre los rasgos del aparato productor y distribuidor de la literatura criollista en su etapa de florecimiento.

Sin contar la treintena de folletos anónimos, y el número más reducido de los publicados con seudónimos de dudosa atribución, la masa de escritos recogida en la "Biblioteca Criolla" requirió la participación de 60 autores, de los cuales alrededor de 40 pueden ser considerados sólo como proveedores esporádicos de la misma, con apenas uno o dos títulos en su haber. Los otros 20, por lo contrario, constituyeron un verdadero grupo de profesionales, dedicados a veces con exclusividad a la tarea de redactar esos impresos. Hecha la salvedad de que Lehmann-Nitsche incluyó en su colección, con frecuencia, más de una edición del mismo folleto, esta es la nómina de autores más prolíficos y este es el número de títulos que aparecen bajo el nombre de cada autor: Manuel Cientofante, 87; Félix Hidalgo, 56; Eladio Jasme Ignésón (Gaucho Talerito), 53; Santiago Rollen (Santiago Irellor), 47; Silvio Manco, 30; Sebastián C. Berón, 27, Horacio del Bosque, 20; J. López Franco, 14; Román de Iturriaga y López, 13; Martín Gutiérrez, 13; Gabino Ezeiza, 13; Luis del Salto, 11; Luis Galvan, 10; José Braña, 7; Higinio D. Cazón, 7; Juan de Nava, 5; César Hidalgo, 5; Profesor Ortega, 4; José Corrado Estroface, 3; Eduardo Isaac, 3; Daniel Calderón, 3.

A la cantidad de títulos, que sugiere para algunos casos un tipo de producción contractual, debe añadirse el número de ediciones y la tirada reconocida para algunas de ellas, porque de la suma de estos indicadores se obtiene la certeza de que varios de estos autores pudieron, como Eduardo Gutiérrez en su momento, vivir de la venta de sus textos.⁵⁷

Dos de estos autores por lo menos, Sebastián Berón y Santiago Rolleri, tuvieron el cuidado de que en sus impresos apareciera regularmente estampado el número de edición, y el compilador de la "Biblioteca Criolla" rescató interesantes testimonios de esa práctica. Sebastián Berón hizo imprimir la decimosexta edición de *Décimas variadas*, en 1897, y la novena de *El gaucho Pancho Bravo*, en el mismo año; la octava edición de *El tigre del desierto*, en 1898; la novena de *Los amores de un gaucho*, la decimotercera de *La muerte de Martín Fierro*, y las decimoséptimas de *La muerte de Juan Moreira*, de *La muerte de Juan Cuello* y de *Décimas amorosas*, en 1899. Santiago Rolleri, que utilizaba su propio apellido como editor, y el anagrama Santiago Irellor como autor, registró por su parte una décima edición para *El crimen de Olavarría*, en 1894; la décima para *Gran colección de canciones amorosas* y la quinta de *Historia del terrible gaucho Juan Moreira*, en 1896; la novena de *El milonguero oriental y argentino*, en 1897, y las séptimas ediciones de *El hijo de Martín Fierro* y de *El gaucho Juan Valiente*, en 1900.

A veces, sin embargo, no es el número de ediciones el que se imprime en la cubierta del folleto para señalar el suceso comercial del mismo, sino el de la tirada de alguna edición en particular. En la tapa de *El moderno payador Candelario*, fechada en 1897, se anuncia en destacados caracteres: *Edición de 20.000 ejemplares*; y en la de *Los*

apuros de un vigilante, también de 1897: *Tirage* [sic] 20.000 ejemplares.

En ocasiones, es el mismo autor el que se ocupa de llamar la atención sobre la acogida que merecen sus trabajos. Martín Rodríguez dirá en el prólogo a *Los atorrantes de levita y los jailaifes del día*, 1897:

Al dar a publicidad este nuevo libro de versos... me he creído en el deber de dedicar sus primeras páginas al número siempre creciente de mis benévolo lectores, para agradecerles, sincero, la deferente y calurosa acogida que han dispensado a mis humildes y recientes composiciones, especialmente las Nuevas y Últimas Vidalitas Santiagueñas que se han visto honradas con el inaudito éxito de agotar dos ediciones numerosas en el corto espacio de un mes...

Y "el payador argentino", Higinio D. Cazón, prologará la edición de sus *Poesías Inéditas*, en 1903, con estas "Dos palabras" que vale la pena transcribir en su totalidad.

Alentado solamente, por el éxito inesperado que han tenido mis humildes producciones, anteriores a ésta, y obedeciendo a las reiteradas invitaciones de la Casa Editora, es que me he dispuesto a dar a luz un pequeño *Volumen* conteniendo un conjunto de mis últimas Poesías inéditas, confiado solamente en que sabrán dispensarles el mismo favor que a mis anteriores. Dije ¿alentado por el gran éxito que habían tenido mis producciones anteriores, me he visto obligado a dar a luz este pequeño volumen? ¡Cierto es!, comprendo que soy un humilde payador, y nunca hubiese creído que hubieran tenido fácil salida y tanta aceptación los cincuenta y cinco mil folletos editados por la casa Maucci Hermanos, Cuyo 1070, habiendo decidido la misma, mandar hacer en Milán (Italia) la Cuarta Edición, de diez mil ejemplares, del folleto titulado *Colección de Canciones*, y la segunda edición del titulado *Producciones Completas, versos y décimas*. Una vez llegada a Buenos Aires, la edición, fueron adquiridos 10.000 ejemplares por una casa del ramo, la cual, teniendo en cuenta los muchos pedidos al por mayor y menor, ha doblado el precio de lo que antes vendía la casa editora en estos últimos años.

Esta humilde obrita es consagrada a los amigos y admiradores en general y a los amantes de las tradiciones argentinas.

Probablemente todos los autores incluidos en la "Biblioteca Criolla" carecieron del entrenamiento y del dominio de los recursos expresivos que podía encontrarse en cualquiera de los escritores contemporáneos asimilados al círculo de la cultura letrada. Convocados, de pronto, a satisfacer la enorme demanda de lectura creada por las campañas de alfabetización y estimulados por la rápida expansión de la prensa periódica, muchos de estos autores debieron ser el producto directo de esas campañas y necesitaron, literalmente, improvisar el perfil de una profesión por encima de las penurias instrumentales, la confusión ideológica y los reclamos del instinto de supervivencia.

La respuesta favorable del público soldó el perfil profesional de algunos de estos autores. Los favorecidos por el éxito compartieron, a primera vista, la satisfacción del éxito e internalizaron ese sentimiento como una forma de justificación personal que pudo recorrer los extremos, indiferentes para el caso, de agresiva jactancia o de tranquila humildad. Pero fuera de este rasgo compartido, cada perfil profesional pareció responder a un trabajo de decantación distinto. Autores como Manuel Cientofante, Santiago Rolleri, Eladio Jasme Igenesón (Gaucha Talerito) y Horacio del Bosque, por ejemplo, ensayaron casi todas las variantes en las que podía presumirse un eco popular, con un desenfado en el que podía leerse tanto la expresión autoconsciente de la novedad del espacio cultural recorrido por sus impresos, como la manifestación de un optimismo desprevenido de toda otra preocupación que de las complacencias retributivas del mercado. Otros autores, como Sebastián Berón, Félix Hidalgo, Martín Rodríguez, de Iturriaga y López, Higinio D. Cazón, Gabino Ezeiza y Silverio Manco, sumaron las etapas de la profesionalización como las etapas de un cuidadoso —y a menudo tenso—

acercamiento a las fórmulas de consagración administradas en el interior de la cultura letrada.

Sebastián Berón, por ejemplo, que empezó a publicar al mismo tiempo que lo hiciera Eduardo Gutiérrez, rara vez accedió a que sus versos imitaran la manera gauchesca y evitó todas las tentaciones vulgarizantes de la jerga y de la tipología urbanas. La lectura de sus *décimas* confirma el invocado patrocinio del *Lázaro*, de Ricardo Gutiérrez, y en la de su *Santos Vega*, la familiaridad con el poema homónimo de Rafael Obligado.⁵⁸ Escribió *La muerte de Martín Fierro* como homenaje a Hernández, pero también como protesta por el silencio de "los poetas eminentes que están llamados a cantar las glorias de nuestra patria". Y esta mirada desde la cerca del Parnaso, verificadora de lo que sus huéspedes ilustres hacían o dejaban de hacer con la poesía, era la misma mirada que volvía, en un giro pendular, a presidir la organización de sus propios escritos, midiendo las distancias, comparando, decidiendo las estrategias que mejor convenían al desafío de los modelos establecidos.

Menos curioso que Sebastián Berón pero dotado, sin duda, de mayor audacia, Román de Iturriaga y López dedicó el folleto escrito en 1889, *La venganza de un gaucho*, "Al distinguido publicista Dr. D. Estanislao Zeballos", y en la edición cuarta del impreso incluyó las cartas de mero recibo o de cumplimiento que le enviaron Marcos Sastre, Ricardo Gutiérrez y Carlos Guido y Spano.⁵⁹

Es este mismo entorno el que presiona y agudiza la intención cultista de muchas de las composiciones de los llamados "cantores" o "payadores nacionales", como Hidalgo, Cazón o Ezeiza, y el que exacerba en los mismos un conflicto de pertenencia, una irritabilidad que elige las más contradictorias vías de canalización. A la defensiva, Higinio Cazón recordará que Ascasubi y Hernández fueron cuestionados por los críticos contemporáneos, y en consecuencia: "La crítica no me afrenta / ¡Ni me detengo por eso! / Si me critican me alientan / Para pulir más mis versos". Y a la ofensiva: "¡Y si me envidian! ¿por qué? / Motivo no les he dado... / Si mi nombre se ha elevado / Bastante me molesté".⁶⁰

Gabino Ezeiza, en una carta dirigida a Félix Hidalgo en octubre de 1890, reconocerá que ambos escriben para el pueblo y tienen un nombre hecho que corre entre el pueblo pero, admitiendo los términos de confrontación con las pautas de la cultura letrada, dirá con orgullosa confianza:

Muchos dirán que nuestro verso no es bueno, que es deficiente, sin ritmo ni compás, a esto hay que agregar por ahora que nosotros lo poco que podemos escribir lo dedicamos al pueblo; otros más sabios escriben para las Bibliotecas, y las mejores producciones no están al alcance del pueblo en general. Un criollo nuestro canta una décima narrativa que indica esto o aquello, y no sabe interpretar los bellos poemas de Andrade o el canto "A Mayo" de Várela.

Y Félix Hidalgo, cuatro años después, en unas "Declaraciones del autor", documentará conmovedoramente sus esfuerzos por conciliar la pasión literaria con sus admitidas deficiencias de formación, y por fundir en un mismo criterio de práctica profesional su necesidad de autoestima y las obligaciones de proveer al sustento familiar. Hidalgo no fue nunca a la escuela, en una época en la que evidentemente los avances de la alfabetización debían de calificar esa experiencia como socialmente ineludible, y de esta privación, vivida como un estigma, arrancará su laboriosa relación con el universo de la palabra escrita:

Yo, que por negligencia de mis padres u otras razones que no son del caso mencionar, me quedé sin poder ingresar en una escuela siquiera para haber aprendido la cartilla, y que recién al entrar a la adolescencia empecé a sentir ese vacío, naciendo de aquí el deseo de

aprender algo, pero este deseo tenía un objeto, y era que me inclinaba al canto y ya a los doce años hacía cuartetos y como no sabía escribirlas para trasladarlas al papel las retenía en la memoria, fue entonces que con el deseo de escribir mis versos, me propuse aprender algo de letras... Aprendí también a escribir (lo que más yo deseaba) del mismo modo que había aprendido a leer, haciéndome hacer algunas muestras que yo copiaba y volvía a copiar, hasta hacerlas en forma regular, y al fin aprendí a escribir, si no correctamente, a lo menos de manera que mi escritura se pudiera entender.

Ahora bien, con tan escasa instrucción, mis poesías tienen que ser deficientes o por lo menos faltan de ese estilo filosófico que otros poetas pueden dar a sus obras, así lo he comprendido, y a fin de ponerme a cubierto de la maledicencia de los críticos, he tenido por norma casi en todos los libros que he publicado, rogar a mis lectores disimulen los errores tanto en orden poético como en el ortográfico; al mismo tiempo les he manifestado repetidas veces que no hago versos con el fin de recoger aplausos, sino con el de buscar los medios de subsistencia para mí y mi numerosa familia; y he tenido la satisfacción de ver colmados mis deseos, y mis versos han sido aceptados en todas las clases sociales.

Muchas felicitaciones he recibido de hombres ilustres, y muchos periódicos han encomiado mis poesías, pero estas felicitaciones, si bien me han alentado a continuar mis trabajos poéticos, jamás hice uso de ellas para quererme elevar a otro rol que me saque de la esfera humilde en que vivo. Obrando de esa manera he creído no dar lugar a una crítica, y quién podría criticar lo mal que escribo y lo deficiente de mis versos, quién, sólo un ser desprovisto de todas las nociones de la caballería; en este concepto debo tenerlo al autor de un artículo publicado en el número 15 del semanario *El Americano*.

Según el articulista no me cuidó de la medida del verso, y que sílabas más o sílabas menos allá van ellos. En esto dice un desatino...⁶¹

Si de las formas de reclutamiento y modalidades de trabajo de los autores que integran la "Biblioteca Criolla" pasamos, por último, a caracterizar el aparato productor y distribuidor de esos impresos, en función exclusiva de las incidencias que el mismo pudo tener en la conformación del criollismo literario, encontraremos que algunos rasgos de esta caracterización contribuirán a una mejor comprensión del comportamiento del escritor criollista, mientras que otros facilitarán una necesaria perspectiva sobre la recepción de la literatura producida en ese circuito.

Los editores —con frecuencia, también, distribuidores— de los impresos que forman parte de la colección de Lehmann-Nitsche diferían entre sí, notablemente, en el grado de solvencia empresarial y en el tipo de relación que mantenían con la estructura tradicional de impresión y venta de libros. Editores como Tommasi y Maucci, que en sucesivas etapas se hicieron cargo de la difusión de la obra de Eduardo Gutiérrez, tenían experiencia en el mercado del libro popular extendida a varios países, y aunque contribuyeron grandemente a la expansión del criollismo literario, ni nacieron con este fenómeno ni dependieron exclusivamente de él para el desarrollo de sus propios proyectos. En cambio, si las fechas no conducen a error, editores como José Bosch y J. A. Llambías eran ya parte de este fenómeno, y el grueso de sus actividades pareció estar dedicado a la propagación del mismo; una tendencia que antes de finalizar el siglo se condensará en la constitución de tres casas editoras, las de Salvador Matera, Francisco Matera y Andrés Pérez, principales responsables, desde entonces, de la impresión y distribución de los folletos criollistas.

De los 500 títulos de la colección que tomamos en cuenta para describir a esta literatura en sus años de florecimiento, 93 aparecen con el sello editor de Salvador Matera o de la *Biblioteca Criolla*, publicada bajo sus auspicios; 48 con el sello de Andrés Pérez; 21 con el de Francisco Matera; 19, 17, 15 y 13, con los de Llambías, Maucci, *Biblioteca Poética Argentina* y Bosch, respectivamente. El más numeroso lote, los 106 impresos presentados con el sello de *Biblioteca Gauchesca* son de atribución

litigiosa, pues tanto Natalio Tommasi, como Andrés Pérez y Salvador Matera publicaron algunos de sus textos bajo el mismo enunciado genérico, sin aclaraciones que faciliten ahora una más prolija identificación.⁶²

El centenar y medio de impresos que escapan a estas marcas editoriales indican el margen relativamente amplio de que disponían algunos autores y muchos individuos absolutamente ajenos a toda experiencia editorial, para tentar fortuna en un espacio dominado por las reglas de la improvisación y la promesa de rápidos beneficios. José Podestá imprimió por su cuenta, y exitosamente, las *Canciones* que ponía en boca de su personaje "Pepino 88"; también lo hicieron López Franco, Higinio Cazón, María Podestá y Eladio Jasme Iñeson.⁶³ Por su parte, Santiago Irellor, que publicitaba en sus impresos una casa de sombrerería y mercería de su propiedad sita en Montevideo, se convirtió en editor regular de por lo menos 48 títulos de su vasta producción.

El nombre de las personas que intentaron, esporádicamente, el negocio editorial dice ahora poco a nuestros oídos, pero las prácticas con las que se condujeron en el mismo fueron probablemente idénticas a las ejercidas por algunos de los que lograron establecerse y prosperar en el oficio. En 1897, bajo el seudónimo de Jailaif, apareció un folleto titulado *Buenos Aires por dentro y por fuera*. En uno de los apartes, "Un editor modelo", el autor imagina—o dramatiza—su encuentro con uno de los editores-libreros que controlaban, por entonces, el aparato de producción y distribución de la literatura criollista. La dramatización no rehuye el recurso a la exageración satírica y debe leerse, entendemos, con esa salvedad. El autor sorprende al editor-librero, nada lisonjeramente calificado ya de especulador y analfabeto, atendiendo al pedido de un cliente: "—Déme usted diez ejemplares / de las *Décimas pampeanas*, / cuatro libros de *Macanas*, / y dos libros de *Cantares / criollos*. ¿Qué vale todo?". Y al retirarse el cliente, obviamente un vendedor intermediario en la cadena de distribución de los impresos:

Estuve con atención
mirando tan gran abuso
y vacilando confuso
en mi triste situación.

—Es que traigo aquí también
Payada de contra-punto...
—¿Entre quién?
—*Entre un difunto y otro que vive muy bien*.

Cuando acercándose hurao
dijo sin ningún respeto,
—¿Qué me trae?... ¿Algún folleto?
¿Es algún juicio del año?

—¿Contra-punto? no está mal,
con esto se hacen caudales...
vengan los originales.
—Tenga, señor D. Pascual.

—Le traigo, unas sandungueras
Vidalitas.
(¡se cayó!)
— ¡Si ésas me las hago yo!
¡Si ésas las hace cualquiera!

También traigo dos folletos:
Los amantes de Varsovia
la nobleza de una novia
y aventuras de sus nietos.

Ayer mismo, el basurero
unas me ofreció divinas,
y el changador de la esquina
otras; y otras el lechero.

—¿Todo en dos libros?
—Sí tal.
—Es usted un buen autor...

Aunque las razones del editor se suponen interesadas, el hecho de que pueda esgrimirlas sin contradecir la coherencia del diálogo parece indicar que, en el espacio de comunicación cubierto por la literatura criollista, el número de emisores era percibido casi como equivalente al de los receptores, y que las funciones de mediación exclusiva asumidas por el editor consistían en privilegiar unos mensajes sobre otros, sin otro código de apelación que el del presumible valor comercial de los elegidos.

La versión del folletinista tiende a destacar la presencia del editor como la de un factor meramente interpolado en el proceso de comunicación literaria Y lo fue, sin

dudas. Pero si se comparan los textos publicados por los propios autores con los publicados por los editores regularmente establecidos, no se advierten diferencias sustantivas como para deducir que la presencia del editor fuera, además de extraña al proceso, significativa para la orientación del mismo. Editaba lo que se escribía y lo que se esperaba que se escribiera, y la chance comercial de sus decisiones no fue sino el aspecto administrativo de una empresa que necesitaba de todas maneras administrarse.

Una incidencia más directa de los editores en la conformación del fenómeno criollista pudo derivarse de prácticas que los observadores contemporáneos no comentaron, por su propia evidencia, o no advirtieron, por su misma proximidad. Una de ellas está indicada, por ejemplo, en el texto publicado bajo el seudónimo de Jailaif. Los editores imprimían y vendían, con muy pocas excepciones, los títulos del acervo criollista junto con aquellos que correspondían a la vertiente de la literatura popular familiarizada con el folletín de origen europeo. Y esta práctica debió reforzar, sin duda, la tendencia a la impregnación recíproca de los términos "popular" y "criollo", tan generalizada ya a comienzos de nuestro siglo.

Otra forma de incidencia aparece diseminada en el abultado número de folletos que algunos editores hicieron imprimir en Italia. La conveniencia de esta decisión pudo estar fundada, en parte, en los vínculos comerciales de algunos de estos editores con casas impresoras de Milán, y en parte, también, en las disposiciones aduaneras de protección a una fábrica de papel existente en la Argentina que volvían hasta un 50% más económico importar papeles impresos que papel en blanco destinado a la impresión. Esta circunstancia está claramente documentada en uno de los artículos que el diario *La Prensa* dedicó a examinar la deprimente situación del gremio gráfico en Buenos Aires, en setiembre de 1901.⁶⁴

Cualquiera fuere el peso de una y otra determinación, lo cierto es que desde mediados de la década del ochenta, pero más intensamente desde el final de la década siguiente, los folletos criollistas eran impresos en considerable proporción en Italia. No siempre esta procedencia era reconocida en la información proporcionada por el impreso mismo, sin embargo. En *La vida de un farruco* de J. López Franco, editada en Buenos Aires en el año 1900, el propio autor, al despedirse de su público, como era costumbre en algunos de estos folletinistas anuncia la venta de otra de sus obras, *Los canfinfleros* (aparecida ese mismo año en Buenos Aires sin indicación de editor). En el anuncio López Franco aprovecha para ensayar una graciosa justificación:

En todas las librerías
se compra dicho librito
que aunque en verdad es chiquito
juro que te ha de gustar.
Los errores que contiene
disculpa paloma mía
proviene de que a Italia
lo mandaron a estampar.

La excusa no sólo revela una información que el folleto no ofrece; también previene sobre los riesgos de confiar enteramente en la versión de los textos puestos al cuidado de impresores extranjeros. Y no es que los editores argentinos, para no mencionar a los mismos autores, se preocuparan excesivamente de esas precisiones; es que cualquier corrección de un oído extraño a las modulaciones del español rioplatense (esa tierra de nadie en la que se abigarraban las presiones cosmopolitas externas y los deslizamientos internos del continuo lingüístico rural-urbano), por arbitrarias e irregulares que éstas fueran, debía sonar como una interferencia de sentido. Es probable que la magnitud y la

cualidad de ese tipo de interferencia se haya perdido ya para nosotros, en tanto se perdieron o modificaron las huellas del fuerte componente oral de aquella experiencia particular del habla rioplatense. Pero importa saber que esas interferencias de sentido existieron, y que las mismas, cualquiera haya sido su poder desencadenante, pasaron a formar parte del sistema expresivo del criollismo.

Importa saber, asimismo, que los impresores italianos solían ilustrar los libros y los folletos encargados por los editores criollistas con representaciones gráficas que querían, naturalmente, dar una síntesis visual del contenido de los mismos. Estas síntesis visuales, sin embargo ejecutadas por dibujantes ajenos a la realidad del mundo evocada en aquellos libros y folletos, eran filtradas con frecuencia con imágenes que correspondían al paisaje y al universo cultural del propio dibujante, cuando no con imágenes que no correspondían a algún escenario o circunstancia localizable del todo.

Del realismo puntilloso que se aplicaba a representar la arquitectura, la vestimenta o los instrumentos de neta procedencia mediterránea, se pasaba así a la huidiza simplificación de las formas alusivas a la vida campestre o la mera invención de perfiles urbanos, paisajes o emblemas decorativos. En las láminas que acompañaban a algunos libros de Gutiérrez era posible encontrar, por ejemplo, la sangrienta exhibición de cabezas cortadas por los mazorqueros de Rosas, en una perspectiva de calles y en un frente de casas que ni remotamente podían corresponder a las del Buenos Aires de mediados del siglo XIX. Igual toque de extrañeza en los típicos duelos de gauchos con los soldados de la partida.⁶⁵ En los ejemplares recopilados Por Lehmann-Nitsche se advierten, con largueza, los mismos procedimientos. En la tapa de *Tranquera*, el "drama criollo" de Agustín Fontanella publicado de 1898, el dibujante reemplaza los dos ombües expresamente indicados en la marcación escenográfica por dos árboles de ninguna corpulencia, estiliza las líneas de un rancho, pone lanza con banderola en las manos de un jinete de improbable apariencia gaucha, y para volver ominosa la escena de la despedida del grupo familiar dibuja sobre el círculo de la luna un enorme dragón alado. Alguna tapa de los numerosos folletos dedicados a la historia de Juan Moreira muestra un ombú verosímil, pero un cepo que no lo parece en absoluto; otra exhibe el frente de una pulpería excesivamente pulido para pasar por réplica de cualquiera de sus modelos.

Y los cancioneros, con menor caudal de información que las novelas, los dramas o los relatos versificados, parecían francamente propicios a las ilustraciones desasidas de toda referencia contextual. Una *Colección de canciones del payador argentino Gabino Ezeiza*, editada por Natalio Tommasi en 1904, ofrece en su tapa la imagen de una mujer joven, elegantemente ataviada y peinada a la moda europea del novecientos, que tañe las cuerdas de una mandolina mientras ve alejarse a un hombre entre las frondosidades de un jardín. Con el mismo título, pero impresa en 1897, otra tapa presenta un movimiento de danza, de dudosa filiación regional aunque de seguro entronque europeo, y otra, sin fecha, el baile de dos jóvenes acompañado de castañuelas y panderetas, indicaciones obvias del aire españolista de la estampa.

A estos ejemplos netos de transgresión o de desajuste entre el contenido de los impresos y las supuestas síntesis visuales de las ilustraciones podrían agregarse otros de verificación menos segura, sea porque la ausencia de un pie de imprenta sugiere la necesidad de una actitud cautelosa ante los mismos, sea porque la factura de algunas de estas láminas indica la posibilidad de un trabajo de adaptación de parte de dibujantes argentinos, o porque la composición denuncia una mera copia de clisés sobradamente difundidos por la industria impresora contemporánea.

Como quiera que fuere, esas transgresiones y desajustes circularon con el

consentimiento de los editores, cuando no con su patrocinio, y sin resistencia alguna aparente de los destinatarios. Parece estar fuera de dudas que esta permisividad expresaba el cosmopolitismo de las áreas urbanas. También que los beneficiarios directos de esa permisividad fueron los lectores situados en el espacio social dominado por las colectividades extranjeras mayoritarias. Porque la imagería familiar desplegada sobre las tapas de los impresos que la población nativa compraba con entusiasmo debió representar, para estos lectores, la invitación irrenunciable y la puerta de acceso a las fórmulas de integración que se ofrecerían ya con la primera página del texto.

Scan/OCR: jbarbikane.

Corrección: Ana_Conda.

NOTAS

¹ Juan P. Ramos, *Historia de la instrucción Primaria en la República Argentina. 1810-1910*. Buenos Aires, 1910; Consejo Federal de Inversiones, *La enseñanza primaria en la Argentina*, Buenos Aires, 1965.

² Ernesto Nelson, *El analfabetismo en la República Argentina*, Santa Fe, 1939; Juan Carlos Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, 1970.

Importa, desde luego, situar toda estadística en un contexto histórico relevante. En Inglaterra, para 1835, la asistencia promedio de los niños a las escuelas era de 1 año; esta asistencia promedio se elevó a 2 años en 1851, y sólo para el final de la centuria se estima que el conjunto de la población escolar recibió instrucción hasta la edad de 12 años. Hacia la misma época, particularmente en las áreas rurales, la instrucción pública en Francia padecía similares problemas. Raymond Williams, "The press and popular culture: an historical perspective", en *Newspaper History*, London, 1978, y Eugen Weber, *Peasant into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, California, 1976.

³ El episodio es recordado por Julio A. Costa, en *Hojas de mi diario. Daguerrotipos*, Buenos Aires, 1929.

⁴ En Juan Carlos Tedesco, op. cit.

⁵ Ricardo Rodríguez Molas, "José Hernández, discípulo de Sarmiento", en *Universidad*, 59, Santa Fe, 1964.

⁶ En Juan Carlos Vedoya, *Cómo fue la enseñanza popular en la Argentina*, Buenos Aires, 1973. Del examen de este informe y de otros materiales, Vedoya deduce que la incuria de los gobiernos liberales persiguió el propósito de disponer de una masa de población ignorante, apta para trabajos poco calificados.

⁷ Nicomedes Antelo, "Contestación a las *Memorias sobre la Educación común de Buenos Aires*, por el ex sultán de las escuelas D. José M. Estrada", Buenos Aires, 1870.

⁸ En *La Tribuna*, Montevideo, 23 de marzo de 1873. Reproducido en *Martín Fierro. Un siglo*, Buenos Aires, 1972.

⁹ En Ricardo Rodríguez Molas, op. cit.

¹⁰ En Ricardo Rodríguez Molas, op. cit.

¹¹ José Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, 1899.

¹² Justo López de Gomara, *De paseo en Buenos Aires*, Cfr. María Inés Cárdenas de Monner Sans, "Apuntes sobre nuestro sañete y la evolución político-social argentina", en *Universidad*, 49, Santa Fe, 1961.

¹³ Ernesto Quesada, "El periodismo argentino", en *Nueva Revista de Buenos Aires*, t. IX. Buenos Aires, 1883.

¹⁴ M. G. y E. T. Mulhall, *Handbook of the River Plate*, London, 1885.

¹⁵ Leopold Schnabl, Buenos-Áyres. Lana und Leute am silbernen Strome, Stuttgart, 1886.

¹⁶ *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*. Dirigido por Alberto Navarro Viola, Buenos Aires, 1880-1888.

¹⁷ Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industria de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1889.

¹⁸ ¹⁸ *La Nación. Un siglo en sus columnas*. Número extraordinario de *IM Nación*, Buenos Aires, 4 de

enero de 1970.

¹⁹ *Don Quijote*, Buenos Aires, 23 de diciembre de 1888, y 3 de febrero de 1889. Por lo demás, durante varios años, el semanario, que se jactaba de ser el periódico de mayor circulación dentro y fuera del país, publicó en sus páginas este anuncio: "Vengan cien mil suscripciones / y fuera las subvenciones".

²⁰ *En La Nación. Un siglo en sus columnas*.

²¹ Robert Escarpit supone que cada libro comprado recibe un promedio de 3,5 actos de lectura. Las diferencias culturales y las diferencias de lectura (*libro versus periódico*), relativizan apreciablemente la aplicabilidad del promedio estimado, aunque no invalidan, acaso, su condición de referente auxiliar. Robert Escarpit, *La revolución del libro*, Madrid, 1968.

²² *Segundo Censo de la República Argentina, 1895*. Buenos Aires, t. III, 1898.

²³ *Caras y Caretas*, 97, Buenos Aires, 11 de agosto de 1900.

²⁴ *Recensement General de la Population, De L'Edificación, Du Commerce et De L'Industrie de la Ville de Buenos-Ayres* (1904), Buenos-Ayres, 1906.

La eficacia periodística, los servicios gratuitos de consulta médica y consulta legal, la biblioteca, la sala de conferencias, el edificio mismo con la imponente farola que dominaba el paisaje urbano y el hall de recepción en el que se daban cita los grupos carnavalescos convirtieron a *La Prensa* en el centro obligado de referencia de la vida de Buenos Aires. Observadores como Nevin O. Winter, en *Argentina and Her People of To-Day*, Boston, 1911, y A. Stuart Pennington, en *The Argentine Republic*, New York, 1910, destacaron esa circunstancia; pero también la hicieron cantores populares como Manuel M. Cientofante, que en 1902 publicó un diálogo gauchesco, *Al salir de la puerta para afuera*, de franca intención apologética: "Vamos, aparceros, vamos / al gran ranchazo 'La Prensa' / que a tuitos, ay, nos dispensa / buena atención y reclamo. / ...Más alto que un mirador / con un muñeco así arriba / que a tuito el que lo mira / le causa espanto y horror. / Tiene en la mano un farol / que cambia en tuitos colores, / cuando hay noticias mayores / de mérito pa el lector". *Hermosa colección de dichos criollos*, Buenos Aires, Biblioteca Criolla, 1902.

²⁵ *Caras y Caretas*, 610, Buenos Aires, 11 de junio de 1910.

²⁶ *Anuario Bibliográfico*, Año IV, Buenos Aires, 1883.

²⁷ *Anuario Bibliográfico*, Año III, Buenos Aires, 1882.

²⁸ Ricardo Sáenz Hayes, agrega: "La primera edición de los recuerdos del colegio (junio de 1884) tiene igual fortuna, pues en pocos días se venden mil doscientos ejemplares, cifra extraordinaria en una ciudad sin hábitos de lectura. Cané recupera en un semestre el dinero invertido". *Miguel Cañé y su tiempo (1851-1905)*, Buenos Aires, 1955.

²⁹ Este es el índice del volumen XXXIV de la *Biblioteca Popular de Buenos Aires: Heroísmo*, novela de Edmundo de Amicis; *Memorias de un gobernador*, de Washington Irving; *Pensar a voces*, cuento de José Hernández; *El afrancesado*, de Pedro Antonio de Alarcón; *El hijo del verdugo*, de Enrique Conscience; *Le jour sans lendemain*, de Julio Sandeau; *Velada literaria en honor de José Selgas*; *El carácter*, de Samuel Smiles; *Utilidad de las flores*, de Ramón de Campoamor.

Veinte años después, *La Nación* ensayará su propia experiencia de *Biblioteca* popular. El repertorio será tan heterogéneo como el de la *Biblioteca* de Navarro Viola, pero se canalizará en volúmenes dedicados a un solo autor o a un tema unitario. Con el respaldo empresario de *La Nación*, los títulos de la *Biblioteca* fueron familiares a las librerías de todo el país por muchos años. Lamentablemente, no nos ha sido posible obtener información sobre la tirada promedio de sus ediciones.

³⁰ Pedro Goyena, *Crítica literaria*, Buenos Aires, 1937.

³¹ Alberto Martínez, *El movimiento intelectual argentino*, Bs. As., 1887.

³² "El libro en la Argentina. Lo que se compra y lo que se vende." En *La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero de 1898.

³³ Robert Mandrou, *De la culture populaire aux 17 et 18 siècles*, Paris, 1964; Geneviève Bólleme, *La Bibliothèque Bleu*, Paris, 1971; Julio Caro Baroja, *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, 1969; Víctor E. Neuburg, *Popular Literature. A History and Guide*, London, 1977; Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, London, 1978; Joaquín Marco, *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX. (Una aproximación a los pliegos de cordel)*, Madrid, 1977.

³⁴ Rubén Darío, *Autobiografía*, Buenos Aires, 1947. No se conoce la tirada de *Prosas Profanas*, pero sí la de la primera edición española de *Cantos de vida y esperanza*; 500 ejemplares. Cfr. *Cartas de Rubén Darío*, Madrid, 1963.

³⁵ Manuel Galvez, *Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, 1961.

³⁶ Roberto F. Giusti, *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, Buenos Aires, 1954.

³⁷ Hugo Wast, *Vocación de escritor. La conquista del público*, Buenos Aires, 1951.

En la portada de *Caras y Caretas*, del 7 de octubre de 1905, apareció una caricatura de Emma de la Barra, dibujada por Cao, y como de costumbre en la revista, el comentario en verso: "Escribió un brillante libro que ha tenido la virtud, / en unas cuantas semanas, de hacer célebre a su autora, / gracias a la cual el cielo es más brillante ahora, / pues se le debe una STELLA de primera magnitud".

³⁸ Ángel Rama, *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, 1982; María Rosa Oliver, *La poesía gauchesca de Bartolomé Hidalgo a José Hernández. Respuesta estética y condicionamiento social*, Tesis doctoral, The University of Notre Dame, Indiana, 1983.

³⁹ Emilio Carilla, "Los prólogos del *Martín Fierro*", en *Martín Fierro. Un siglo*, op. cit.

⁴⁰ Cfr. Geneviève Bólleme, *La Bibliothèque Bleu*, op. cit.

⁴¹ Vicente Osvaldo Cutolo, "La histórica edición de *La vuelta de Martín Fierro*", en *Universidad*, 44, Santa Fe, 1960.

⁴² Conclusiones negativas sobre la difusión del *Martín Fierro* en la ciudad de Buenos Aires se fundamentan en el estudio de Lucas Rubinich, "El público del 'Martín Fierro' (1873-1878)", *Punto de vista*, 17, Buenos Aires, 1983.

⁴³ *Anuario Bibliográfico*, Año I, Buenos Aires, 1880.

⁴⁴ *Anuario Bibliográfico*, Año II, Buenos Aires, 1881.

⁴⁵ *Anuario Bibliográfico*, Año VIII, Buenos Aires, 1887.

⁴⁶ En *Escritos dispersos de Rubén Darío*. Estudio preliminar de Pedro Luis Barcia, t. I. La Plata, 1968.

⁴⁷ Eneida Sansone de Martínez, en *La imagen en la poesía gauchesca*, Montevideo, 1962, menciona *Los amores de Yacomina en verso hecho a faconazos por el gaucho Juan Cuervo*, impreso en Montevideo, en 1886. No hemos podido consultar el texto. En 1900, Santiago Rolleri publicó *Lis amoris di Bachichin cum Marianina*, en verso, y una versión en prosa con el mismo título. La única novedad con respecto a *Los amores de Giacumina* consiste en que las andanzas del personaje protagonista se inician en Italia.

⁴⁸ Ernesto Quesada, *El "criollismo" en la literatura argentina*, Buenos Aires, 1902.

⁴⁹ *Juan Moreira* (1886). Drama por Gutiérrez-Podestá, Buenos Aires, 1935.

⁵⁰ Carlos Olivera, *En la brecha*, Buenos Aires, 1887.

⁵¹ Mariano G. Bosch, *Historia de los orígenes del teatro nacional argentino y la época de Pablo Podestá*, Buenos Aires, 1969; Raúl H. Castagnino, *Sociología del teatro argentino*, Buenos Aires, 1963; *El circo criollo*, Buenos Aires, 1969.

⁵² Julio Caro Baroja, *Ensayo sobre la literatura de cordel*, op. cit., Franklin Maxado, *O que é literatura de cordel*, Rio de Janeiro, 1980; Candace Slater, *Stories on a string*, Berkeley, 1982.

⁵³ La "Biblioteca Criolla" (véase Apéndice) se encuentra distribuida en 23 volúmenes encuadernados que contienen un total de 379 folletos, y en 25 cajas, de las cuales solamente 20 están ocupadas con un total de 571 folletos. Cinco de estas cajas están actualmente vacías, sin explicación aparente.

Olga Fernández Latour de Botas publicó en *Cuadernos del Instituto de Antropología*, 7, Buenos Aires, 1968-1971, las fichas correspondientes a los folletos que se encuentran en las cajas, y que fueran registradas por un grupo de estudiantes españoles, en 1953. En la entrega anterior de *Cuadernos*, la autora reprodujo una carta enviada por el director del Instituto Ibero-Americano, en la que no se alude, curiosamente, a la existencia de los 23 volúmenes encuadernados. Es probable que esta omisión se

explique porque en esos años los fondos bibliográficos del Instituto no habían sido trasladados aún al nuevo edificio, en el que se hallan desde 1977, y verificados convenientemente. El ejemplar comente de la colección consta de 32 páginas "in 8º". Los hay también de 16 páginas y, en muy reducida proporción, de 64 o más, hasta 98. Los autores criollistas prefirieron, con pocas excepciones, el verso a la prosa.

⁵⁴ Son, en su mayoría, los editados en la ciudad de Rosario, por Longo y Argento, a partir de 1913. Curioso desplazamiento del centro editorial del criollismo que se corresponde a una modificación en el gusto del lector urbano. En Buenos Aires, de todas maneras, los editores tradicionales siguen en actividad durante toda la segunda década del siglo, y uno de ellos, Andrés Pérez, arriesgará en 1921 una impresión de 45.000 ejemplares de *Santos Vega el payador*, de Luis Bellazzi. Un hecho que impresiona casi como el canto del cisne de la industria editorial del criollismo en Buenos Aires.

⁵⁵ Algunos ejemplos para ilustrar la elasticidad de los criterios que informan el ingreso a la "Biblioteca Criolla":

Pedro Palacios, *Guerra cubana-española*, Buenos Aires, 1897; Leopoldo López, *España y los Estados Unidos*, Buenos Aires, 1898; *Cancionero revolucionario ilustrado*, Buenos Aires, 1905; Manuel M. Cientofante, *El libro rojo. Francisco Ferrer*, Buenos Aires, 1909; Eladio Jasme Ignésón, *Don Francisco de Quevedo en prosa y verso*, Buenos Aires, 1903; Pedro Malaspina, *El convento infame. Vida de Rosa Tusso*, Buenos Aires, 1906; *Catecismo de las casadas*, Buenos Aires, 1902; *Pimienta en grano. Síntesis de la mujer*, Buenos Aires, 1898; *Diez centavos de ajíes picantes para el almuerzo*, Buenos Aires, 1897; Martín Mezzotti Russo, *Rayo de ciencia*, Buenos Aires, 1908; *Le meravigliose gesta e le terribili vendette di Giuseppe Musolino*, Buenos Aires, 1901; *Arte de ganarla lotería*, Buenos Aires, 1896; *Triple almanaque para todos los sueños con ilustraciones y tablas*, Buenos Aires, 1906.

⁵⁶ Cfr. Enrique García Velloso, *Memorias de un hombre de teatro*, Buenos Aires, 1942.

⁵⁷ Silverio Manco, "trovador nacional", despide al lector *de Piantd Piojito que viene el peine*, editado por Andrés Pérez, en 1901, con estas palabras: "Si el lector me honra con su cooperación, seguiré el sendero empezado, y daré al lector quincenalmente un folleto".

⁵⁸ Sebastián C. Berón dedicó sus *Décimas amorosas* a Carlos Guido y Spano y a Rafael Obligado. A la edición de *El Payador Santos Vega* agregó un poema de homenaje a San Martín, en alejandrinos: "Ya al cielo de mi patria retorna nuevamente / Como la eterna cifra de nuestra redención / El sol que fuera un día, magnífico, esplendente, / Más que testigo aliado de la legión valiente / Que ante él lanzara heroica la voz de rebelión".

⁵⁹ Así introduce su *Matías el domador*: "Tenía lugar el diálogo / En un pueblo de campaña / Cuyo nombre no hace al caso, / Como lo dice con gracia / En su obra monumental: / *Don Quijote de la Mancha*, / Miguel Cervantes Saavedra..." Tercera edición, Buenos Aires, 1892.

⁶⁰ En *Colección de canciones del payador argentino Higinio D. Cazón*, 1^{er} libro, 4^a edición, s/ed., s/f. y en *Producciones completas de Versos y Décimas del conocido payador Higinio D. Cazón*, Buenos Aires, Biblioteca Gauchesca, 1901.

⁶¹ *Contrapunto por cartas entre Gabina Ezeiza y Félix Hidalgo*, Buenos Aires, Biblioteca Gauchesca, 1895.

⁶² En muchos ejemplares de la *Biblioteca Criolla* de Salvador Matera, y también en algunos del sello editorial de Andrés Pérez, se encuentra impreso este aviso: "En existencia permanente, hay una colección de 500 payadores diferentes". Si se cotejan las listas de folletos anunciadas por las mismas casas editoras que son, por lo demás, las que aparecen ampliamente representadas en el fondo Lehmann-Nitsche, se advierte que la cifra es hiperbólica, aunque sirve para señalar a bulto la gran variedad de títulos con que podían llamar la atención del lector.

⁶³ Este último no sólo hacía imprimir sus propios versos; se ofrecía también a escribirlos para otros: "E. J. Ignésón (Talerito) conocido autor de muchos libros, sobre todo de aquellos que son llamados PAYADORES, y de bastantes poesías, tiene el honor de ponerse a las órdenes de todo el que lo quiera ocupar en asuntos de su profesión. Puede escribir décimas amorosas, o declaraciones de amor en verso, que los aficionados pueden firmar... También puede escribir relaciones, vidalitas, estilos, milongas, y en general, sobre todo lo que se le encargue". En *Don Francisco de Quevedo*, Buenos Aires, 1906.

⁶⁴ En Ricardo González, *Gente y sociedad. Los obreros y el trabajo. Buenos Aires 1901*, Buenos Aires, 1984.

⁶⁵ "Otras ediciones de Tommasi —sin fecha, impresas en Italia— cambian el rostro al libro con

absurda, colorida tapa, en que en un paisaje de esbozados ranchos y palmeras avanzan, sable en mano, en caballos de estatuaria (aunque algo disminuidos) mientras las tropas nacionales, de riguroso kepí, perita y bigote, les disparan al huir, convincentes pistoletazos." León Benarós, *Eduardo Gutiérrez. El Chacho*, Buenos Aires, 1960.